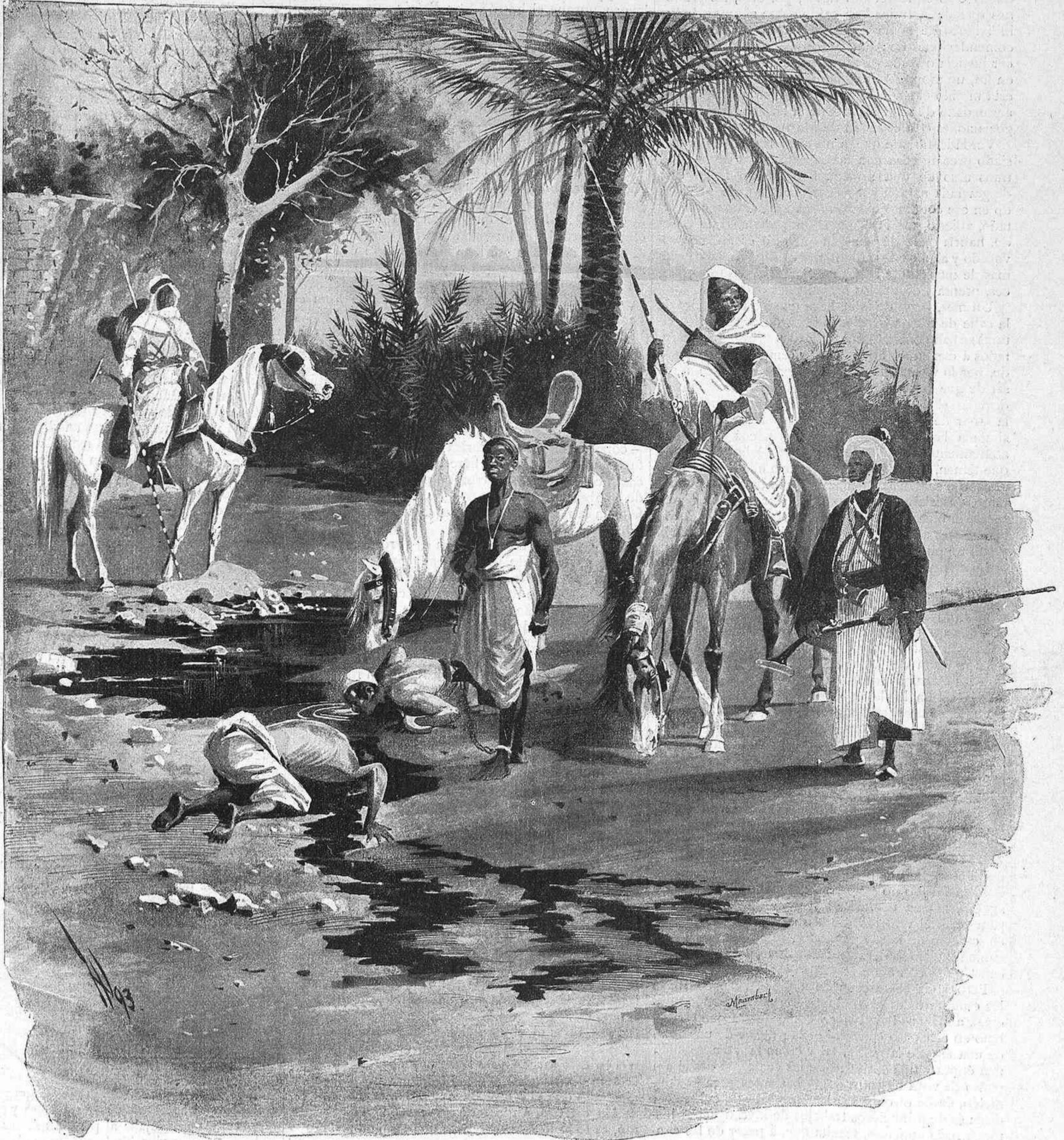


# La Ilustración Artística

AÑO XII

BARCELONA 20 DE NOVIEMBRE DE 1893

NÚM. 621



MOROS DE REY, reproducción de un dibujo de E. H.

**Sumario.** - TEXTO. - Crónica de arte. - Orillas del Deva. - Los sucesos de Melilla. - Lo eterno. - La Pola (novela). - Nuestros grabados. - Libros recibidos. GRABADOS. - Moros de rey. - En el Frontón barcelonés y su vista exterior. - Marruecos. Captura de un criminal. - Melilla: La alcazaba, Puerta de entrada, El mercado las «Barracas.» - D. Manuel Ortega Sánchez Muñoz. - Vista de Melilla. - La danza del otoño. - Mari Guari, espía moro. - A bordo del «Conde de Venadito.» - Melilla. El Mantelete.

### CRÓNICA DE ARTE

No sabe todavía la Academia de San Fernando qué hacer con los proyectos del monumento que habrá de erigirse en Covadonga en honor de Pelayo.

*Voilà l'embarras du choix*, como diría cualquier académico de la sección de Escultura: por un lado, el resentimiento que contra la Diputación de Oviedo guarda la alta corporación académica con motivo de haber prescindido la primera de los consejos de la segunda para la redacción del pliego de condiciones del concurso; por otro lado, la falta de claridad de que adolece la citada convocatoria, que se presta á dudas é interpretaciones varias; por otro, las presiones que de Asturias han caído sobre algunos de los individuos de la de San Fernando; por otro, las recomendaciones de aquí; por otro, cierto deseo de hacer justicia que anima á una parte de la Academia... en fin, un atolladero casi tan grande como el en que está metido el Sr. Moret, ministro por partida doble, á propósito de sus reformas de la enseñanza y las negociaciones con el sultán de Marruecos.

Verdaderamente que, á no estar las gentes demasiado preocupadas con tantas catástrofes como en el transcurso de una semana han llovido sobre esta desgraciada nación y fija la mirada de todo el mundo en ese conflicto hispano-marroquí, el concurso citado, abierto por la Diputación provincial de Oviedo, habría dado de sí algún que otro escándalo provocado y algún que otro interesantísimo diálogo (además de interesante edificante) entre expositores, jueces, prensa y diputados provinciales ovetenses.

Un mes, largo de talle, hace que los inmortales de la calle de Alcalá (secciones de Arquitectura y Escultura) se han dedicado á estudiar los proyectos presentados á concurso. En todo este tiempo no han podido, por lo visto, formar juicio concreto alguno, á pesar de que no son más de diez los trabajos que se disputan el premio y de que pueden descontarse de la labor de comparación lo menos seis. Tanta parsimonia llama la atención de los pocos que siguen atentamente el curso de este parto laboriosísimo, y que temen, no sé si con razón ó sin ella, que al fin y al cabo ó salgan la justicia y por lo tanto el arte un tanto descalabrados, ó cortando por lo sano y para huirle el bulto á recomendaciones de peso, declaren los señores como la convocatoria está mal redactada y que no pueden desempeñar su cometido.

Lo cierto es que, excepción hecha del modelo cuyo lema es *Spes Patrie* y de los bocetos de las estatuas señaladas con los de *Initium* y *Pro Patria*, los demás proyectos, así escultóricos como arquitectónicos, son otras tantas lamentables equivocaciones sufridas por distinguidos artistas. Los mismos que modelaron - con verdadero cariño, con demasiado cariño - las estatuas citadas se equivocaron de medio á medio, así en lo de interpretar el tipo legendario y eminentemente simbólico de Pelayo, como en lo que respecta á la indumentaria. Y no digo nada de los arquitectos: alguno hay que exigiendo la convocatoria que la traza del pedestal tuviese carácter puramente románico ó visigótico (siglo VIII), da como bueno un castillo del siglo XIV, con sus correspondientes cubos y torreoncillos adosados en los ángulos del cuerpo central.

Cierto que así el autor de *Initium* como el de *Pro Patria* se corrieron hasta el siglo XIII (cinco siglos más del pactado) en busca de mandobles con los que el buen Pelayo no soñó jamás, y que en los trajes de aquella misma centuria buscaron uno á propósito para vestir al vencedor de las huestes de Darío; pero en cambio de tales desaciertos, se advierte el conocimiento técnico del arte. Paños, carnes y armas están contruñidos con amor en estos bocetos.

Pero nada más tienen de notable. Preocupáronse los escultores de copiar el modelo, y olvidaron lo principal, adivinar el símbolo; y como quiera que el símbolo en este caso concreto es la síntesis de una raza, de una fe y de la patria, tal y como la comprendían una época y una sociedad de las cuales, si desde un punto de vista tenemos datos bastantes para su definición, desde otros apenas hemos logrado columbrar después de minuciosos trabajos de investigación histórica nada concreto, resulta que, á pesar de las condiciones plásticas que avaloran los dos modelos citados, éstos no responden al concepto que de la figura de Pelayo han podido formarse á una el historiador y la imaginación popular.

No le demos vueltas; la representación pictórica ó escultórica del príncipe visigótico, aventurero, noble romano (*rumi* como lo señalan los cronistas árabes) ó *condottiero*, que allá en las abruptas montañas de Asturias supo cortar la serie de victorias de las armas musulmanas, no puede ser la de un héroe de tantos como registran los anales de la historia de nuestra reconquista. Y no ciertamente porque sus hechos de armas hayan tenido mayor importancia material que los de Jaime el Conquistador, de Alfonso VIII ó de Rodrigo Díaz de Vivar, pues en verdad de cosas, las victorias de Pelayo no rebasan los lindes de lo pequeño, sino porque significan el primer jalón puesto en la obra de la liberación de la patria, no tan sólo materialmente, al arrojar la morisma de un pedazo de territorio ibero, ofreciendo así lugar y asilo seguros á los españoles, sino también y muy especialmente por el efecto moral producido en los abatidos ánimos de los expoliados.

Todo esto debieron tener presente y con todo esto debieron contar los escultores que concurren al concurso, para dar forma con el barro á la figura de Pelayo; y porque el boceto *Spes Patrie* se acerca más que los restantes al concepto que por la reunión de todas estas circunstancias, en su mayor parte psicológicas, parecen determinar al héroe de Covadonga, y que le colocan á medias entre el mito y lo real, es por lo que, sin vacilar, le considero como el único boceto acertado, que sin que alcance desde ningún punto de vista lo extraordinario de la obra del genio, no por eso cede á la del talento más reflexivo y eminentemente artístico.

Aparece la estatua ó boceto señalada con el lema dicho *Spes Patrie* en actitud serena y arrogante á la par. Con la mano izquierda levanta sobre su cabeza la *Cruz de la Victoria* que, según la tradición, la recibió Pelayo del cielo; con la derecha empuña la corta espada heredada por los visigodos del soldado romano. El plinto sobre que se yergue la figura simula un trozo de quebrado monte, y Pelayo, cual si quisiera escalar la cima de la montaña donde se libra el combate, para desde allí dominar por entero aquel lugar en el cual se decide por medio de las armas de los destinos de la patria, y animar, mostrando el lábaro santo y su propio valor, á sus huestes, asienta el pie derecho en alto pedrusco, mientras de los abiertos labios parece escaparse el grito de guerra ó la primer palabra de triunfo. La redonda capa flota al viento, y bajo la coraza de cuero y escamas de metal - coraza semejante á la loriga romana - se adivina la fuerte musculatura del héroe. Cúbrela la cabeza un casco cónico de cuero, cruzado por fajas metálicas, y de las abarcas suben trenzadas largas correas que defienden la robusta pierna, firme de traza y de correcto dibujo.

La parte flaca de esta figura es el rostro. Todavía no se han desligado, por lo menos una gran parte de nuestros escultores, de ciertos convencionalismos académicos en lo tocante al gusto estético con referencia al realismo. El rostro de la estatua de Pelayo es, en esta de que me ocupo, un rostro que carece por completo de los rasgos que determinan ó distinguen á una raza. Cualquiera que tenga una mediana educación artística habrá visto cien rostros como este del boceto *Spes Patrie*. Así puede ser la cara del soldado de Marathón, como la del Apolo de Belvedere, como la de Júpiter. Por exceso de respeto al tradicional tipo masculino que creó el griego, adoptó el romano, interpretó el renacimiento, disfrazó el neoclasicismo y las Academias tradujeron tomándolo del disfraz último, todavía hay artistas que (al fin y al cabo educados en ese medio escolástico de nuestra enseñanza artística) si aceptan como bueno el realismo, es en cuanto no rompe determinadas fórmulas que para la interpretación y expresión de la belleza aprendieron de sus rancieros maestros. Así, por ejemplo, las líneas del rostro, el movimiento de los brazos y de las piernas, el plegar de los paños, etc., no pueden ser otros que los que señalan aquellas máximas recogidas en un libro por un famoso profesor de la Escuela superior de Pintura, Escultura y Grabado (dicho profesor ha fallecido ya). Una de las máximas decía: «Cuando avance la pierna derecha, debe retirarse á la vida privada el brazo del mismo lado,» etcétera, etc.

Pues bien: el autor del boceto señalado con el lema *Spes Patrie*, si supo olvidar en otras obras, como en esta misma, esas doctrinas de peregrina hermosura por su alto y amplio concepto, no por eso ha mostrado que el olvido ha sido total, ni que su educación estética, á pesar de que tiene vistas al realismo, es todo lo firme y segura que debiera ser. Huyó de trazar la fisonomía ruda, salvaje y enérgicamente altiva que caracteriza la raza gótica, porque le pareció fea la verdad. Le pareció feo un rostro de pómulos pronunciados, de nariz corta, de labios gruesos,

de ojos hundidos y sirviéndole de pabellón espesas cejas, la barba larga; en lugar de este tipo modeló otro que ni es clásico ni realista.

En lo tocante á la parte arquitectónica de este proyecto, tengo para mí que es el único también que llena todas las condiciones exigidas en la convocatoria, y además es el que puede considerarse como obra completamente original.

Mientras, como he dicho, todos ó casi todos los arquitectos que á este certamen concurren han buscado con empeño el detalle decorativo olvidando la línea, el autor ó autores del pedestal de *Spes Patrie* no han perdido de vista punto tan interesante como el del mayor rigorismo histórico, y al propio tiempo supieron encontrar un motivo nuevo, no visto, cosa que no acontece muy á menudo.

Este monumento es cuadrangular y el primer cuerpo está flanqueado por torrecillas también cuadradas y almenadas, que le imprimen gran apariencia de solidez y fortaleza. Sobre este primer cuerpo ó basamento se levanta otro con columnas, y los frentes de éstas se hallan interrumpidos por un saliente en el que se ve una hornacina.

En el frente principal mírase la estatua de la Victoria; en los laterales van dos bajos relieves conmemorativos de la batalla de Covadonga y de la proclamación de Pelayo, y en el hueco alzado se pondrá una inscripción.

Este segundo cuerpo sirve á su vez de basamento á una pirámide truncada, que es un cuerpo de transición entre el robusto central y el capitel sobre que descansa la estatua. El capitel se compone de un friso que corre por debajo de una serie de ménsulas ó canecillos que forman la cabeza coronada por escudos.

Vistazo rápido fué el que pude echar á los demás proyectos arquitectónicos en los primeros días de su exposición; más tarde los he visto detenidamente; en ambas visitas solamente el de *Spes Patrie* atrajo desde luego mi atención. Arquitecto y escultor han marchado de perfecto acuerdo. Pedestal y estatua forman un monumento histórico, artístico y estéticamente homogéneo.

Moreno Carbonero, el autor de tantos cuadros de género admirables, acaba de pintar otro, digno de sus anteriores. Moreno Carbonero es un admirador de Cervantes y de su obra inmortal. Ya cuando aún no tenía veinte años pintó un cuadro que fué premiado, si no me equivoco, con medalla de segunda clase; este cuadro, exhibido en la Exposición nacional de Bellas Artes de 1878, representaba el donoso episodio del carro de las cortes de la muerte, vulgarmente conocido por el lance de D. Quijote con los cómicos. Desde aquella Exposición á la fecha el autor de *La conversión del duque de Gandía* no cesó de inspirarse en Cervantes, alternando con las páginas de *Gil Blas* y con alguna de cierta novela del insigne muerto Alarcón.

El cuadro que en la actualidad tiene expuesto en el estudio de su amigo y colega Sr. Maureta representa el episodio ó la famosa y nunca bien ponderada aventura con que topó el no menos imponderable D. Quijote, yendo de carretera con su buen escudero (no recuerdo en este momento hacia qué lugar); aventura en que hubo de librar descomunal combate con aquel fiero vizcaíno que llevaba presas en su carroza á sus amas, en compañía de unos frailes, que á las primeras de cambio ó de mandobles tomaron las de Villadiego á lomos de sus orejadas cabalgaduras.

En la *Crónica* próxima me ocuparé de este lienzo bellísimo, en el cual Moreno Carbonero hizo verdaderos primores, jugando con la luz del sol y con la pasmosa habilidad de su ejecución y buen gusto. Y para esa misma *Crónica* dejo también el hablar algo de algo que he visto remitido desde el Rif por varios laureados pintores que á allí se han ido en busca de algo nuevo, que si tienen empeño en buscar seguramente encontrarán.

R. Balsa de la Vega

### ORILLAS DEL DEVA

CARTAS Á LA SEÑORITA DOÑA EMMA DE MADRAZO

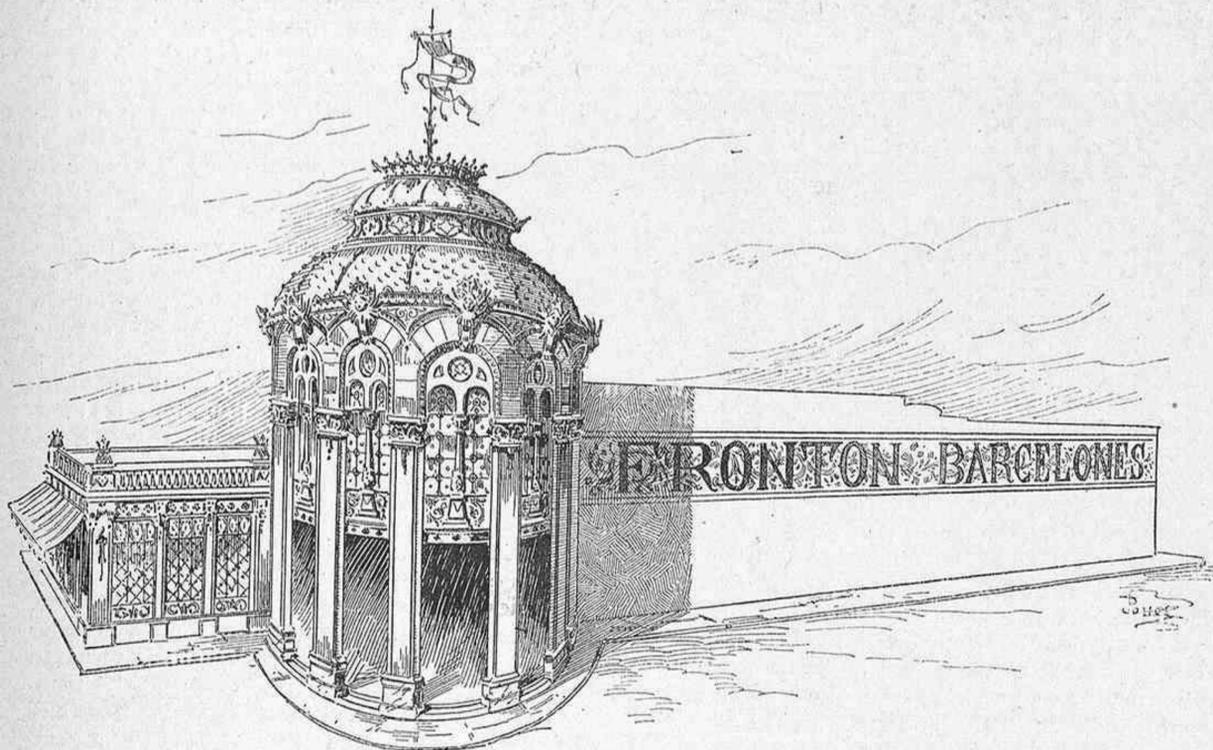
(Conclusión)

II

Fres del Val, 4 de septiembre

Si mal no recuerdo, amiga mía, interrumpí ayer mi carta en el momento de llegar á Deva y en aquel en que la cesta nos dejaba al pie del miramar.

La marea era viva. Todo cuanto es playa los demás días, aparecía entonces sumergido en el agua que avanzaba en flujo inundante, y que, al encontrarse con un paso abierto entre dos montes, se abalanza á



Vista exterior del Frontón Barcelonés, proyectado y construído por el arquitecto D. Enrique Sagnier y Villavechia

remontar el Deva, convirtiéndole por larga pieza en un gran brazo de mar, como si pretendiera hacer navegable aquel río, que ya hubo de serlo algún día hasta llegar á Alzola, si no se engaña en su decir la gente.

Y no debe engañarse, creo. Así debió de ser, ya que á corta distancia de Deva, en el caserío de Salsiola, que otros llaman Sociola, todavía existen los restos de un bastimento que se dice haber sido astillero, y guarda este nombre; y en la misma Alzola, todos pueden ver un grandioso edificio, que parece fué antigua aduana, con arcos que apoyan sobre las peñas más hondas sus robustas pilastras, en las cuales aún se ven las anillas de hierro allí colocadas para amarre de las barcas.

No podíamos apartar nuestras miradas de aquel maravilloso panorama abierto á nuestros ojos.

Frente á nosotros el mar; el mar Cantábrico en toda su infinidad; el mar verde, como le llamaron los poetas; el mar plumizo, como tal vez debiera llamarse; plumizo como el cielo euskaro, que es, por ley general, un cielo triste y nebuloso, bien distinto por cierto de aquel cielo esplendoroso y limpio de mis orillas mediterráneas espejándose en la mar azul de los latinos.

A lo lejos se veían llegar flotas de barcas pescadoras que venían á buscar el puerto, como vuelos de pájaros que tornan para su nido. ¡Qué efecto nos ha-

cían á Magín Morera y á mí aquellas barcas con su vela cuadrada, tan distinta de nuestra airosa vela latina, que así se hizo sin duda, con su forma de ala de golondrina, para que la lancha pescadora del Mediterráneo pudiera volar mejor! Porque nuestras lanchas mediterráneas, mi querida Emma, no lo dude usted, tienen alas y vuelan.

Morera, ya usted lo sabe, es un poeta catalán que vive á temporadas en las costas cantábricas, donde compuso un ramillete de hermosas poesías que titula *Lequeitianas*, destinadas cuando se publiquen á revelar su inspiración y su genio.

Al ver acercarse aquellas barcas, Morera y yo, debe usted recordarlo, pues que en aquel momento nos dispensaba el honor de atender á nuestra plática, discurremos acerca de lo que pensaría una pobre vela latina transportada de repente y como por encanto á estos mares, en medio de tanta vela cuadrada. — «¡Ah!, le dirían éstas sin duda. Tú debes ser del país de las golondrinas. ¿A qué viniste aquí, donde hay luces y mares y espacios que no son tuyos? ¡Vuélvete, pobrecita vela, vuélvete; que ni estas aguas ni estas costas ni estos cielos se hicieron para ti!» Y la vela se volvería entonces tristemente, recogiendo su ala de golondrina, pobrecita y sola, á buscar el país del sol y los esplendores de la mar latina.

Cuando nuestros ojos se fatigaron á fuerza de perderse en lo infinito y de sondear lo insondable, des-

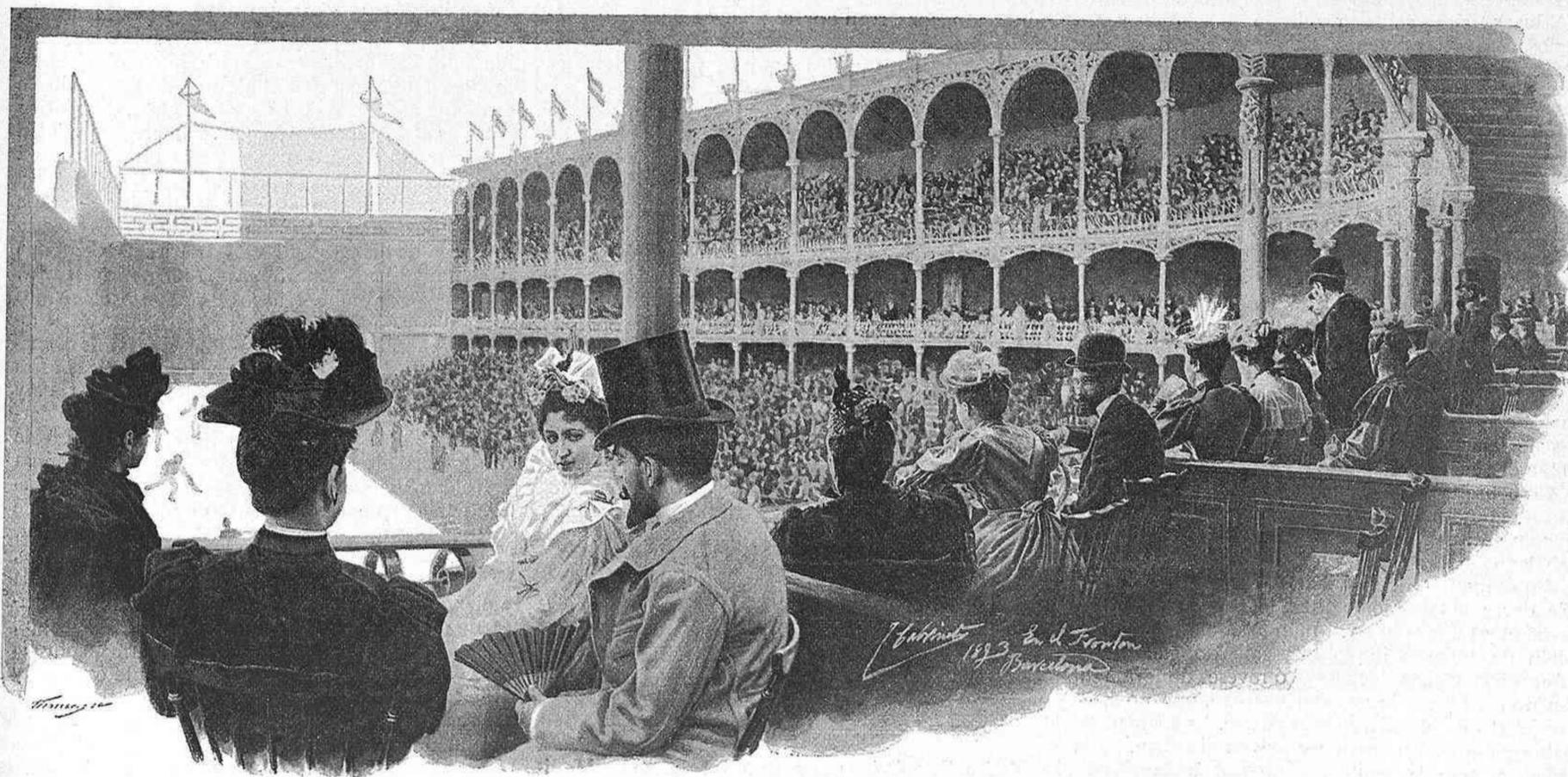
cendieron á fijarse en la aturbonada congerie de rocas que se agrupaban á nuestros pies, caótico roquedal por entre el que se introducía la mar rugiente batiéndolo sin descanso. Veíamos llegar olas gigantes como montañas verdinegras, que avanzaban hacia nosotros, y que, al estrellarse en las peñas, cubriéndolas de espuma, nos enviaban á todos cuantos estábamos en lo alto, con la purísima esencia de su llovizna, los acres perfumes de la mar brava.

Tras de nosotros se abría en suave pendiente la carretera de Francia, cruzada á cada paso por esas chillantes y musicales carretas de bueyes, que son especialidad de las comarcas euskaras, y por las airosas cestas y lujosos landós en que las elegantes damas y familias residentes por temporada en Deva van á sus romerías de placer ó á sus paseos y excursiones de holganza.

La carretera sigue costeano el monte que adelanta su cabo mar adentro, frente á otro monte y cabo que avanzan por la izquierda con la otra carretera que lleva á Motrico, el monte *trigua*, ó sea el del erizo, en cuya falda viven los más duros marinos y los más valientes hombres de mar de aquellas costas; y á Lequeitio, la de tradicionales costumbres, orgullosa con su famoso palacio de Baroa, que hoy poseen los catalanes condes de Torregrosa, y con el petulante lema de su escudo en que se proclama gallardamente, aunque en latín, y como si tal cosa, debedadora de reyes, subyugadora de monstruos horribles, y poderosa así por la mar como por tierra. (*Reges debeatavit, horrendae cætis subjecti, maris terrisque potens.*)

Es admirable aspecto el de estos dos gigantes montes asentados sobre peñas y roquedales, que avanza cada uno por su lado, hacia la derecha el uno y hacia la izquierda el otro, dividiéndose en dos cabos, que creo se llaman de Machichaco y de la Higuera, y abriéndose para dar paso al mar, que entra en aquella concha á recibir el tributo del Deva y besar sumiso las plantas de la hermosa villa del mismo nombre, extendida por la falda del monte Anduz con todo el lujo y belleza de sus hoteles y villas; con sus características casetas de baños en la playa; con sus señoriales caseríos que se encaraman por el monte para darse el honor de levantar encastillados miramares en luegos y sombreros parques; con su iglesia del siglo xv, que tiene un claustro, singular por su ojivas, y un pórtico de templo, más singular todavía, por cierta piedra que puede encerrar un misterio; con su azoradora vía férrea de muñecas, y su tercera carretera y su río que ambos remontan á Vergara la del abrazo y la del Cristo de Montañés, á Plasencia la del hierro y de los cañones, á Alzola la de aguas salutíferas, á Eibar la de las incrustaciones de oro y plata, y á la hechizadora Bilbao, poderosa y potentísima rival de Barcelona.

Y á propósito de Eibar. ¿Recuerda usted también la tarde que allí fuimos en excursión con el coronel Miret y el barón de Terrateig, que acababa de llegar y nos traía con él los recuerdos y effluvios de aquella



EN EL FRONTÓN BARCELONÉS, dibujo de J. Cabrinety

embelesante Valencia, siempre aromatizada por las flores de sus jardines y los cantos de sus poetas? Fuimos a visitar a Plácido Zuloaga. ¡Qué bella casa la suya, con aquellos escudos en la imafrente, como dirían los eruditos, en su frontón ó en su fachada, según decimos los mortales; con su primoroso balcón de esquina, su majestuosa escalera, sus espaciosos salones y sus seducientes vistas al río y al monte! ¡Qué hermosa casa, y en ella qué tesoro! No me refiero a los artísticos objetos de incrustación que tanta fama y gloria dieron a Zuloaga, sino a las obras de arte que éste tiene en su casa, lienzos, tablas y cobres de pintores célebres, vidrios de Venecia, ricos esmaltes, arquillas de la Edad Media, muebles y objetos de todas épocas, preciosidades sin cuento y sin cuenta; todo lo que nos enseñó con amabilidad exquisita, junto con preciosos cuadros de su hijo el pintor, destinado indudablemente a ser una gloria en las huestes de la moderna escuela impresionista.

Salimos de Deva a la caída de la tarde y a la hora misteriosa del crepúsculo vespertino. Si con buen pie habíamos entrado en la risueña villa del Monreal-Anduz, con mejor fortuna salimos, ya que una casualidad feliz nos hizo tropezar con el duque de Rivas, llegado allí aquella misma tarde. Pude con este motivo abrazarle, y tuve en ello gran placer; que, sobre ser todo un caballero, es un alma noble, un talento superior y un poeta eximio, continuador del camino de gloria trazado a la familia por el autor inmortal del *Don Alvaro*.

Ya sabe usted con qué pena nos alejamos de Deva sin dar un abrazo a nuestro excelente amigo el marqués de Valmar, ni tener tiempo de visitar su casa palacio, de que usted me contó maravillas. Pero no dejaré de hacerlo otro año, si Dios me otorga este placer. Es deuda de honor en mí la de pagar este homenaje al ilustre patriarca que es modelo de hidalgos, espejo de literatos y envidia de laboriosos.

Era ya tarde. Era la hora aquella en que el delicioso Héspero, como dice nuestro dulce Meléndez,

cual precursor de la noche,  
por el Occidente sale.

Nuestros compañeros de viaje apremiaban, y dimos la vuelta para el balneario de Alzola, pasando otra vez por aquellas orillas que, si son encantadoras llenas de color, de luz y de vida, a la hora del sol, no lo son menos ciertamente a la hora del crepúsculo vespertino, cuando avanzan las sombras de la noche y se llenan aquellos bosques de misterios y aquellas hondonadas de visiones. La luna enviaba un rayo de moribunda luz a aquellas soledades de nunca turbado silencio, hasta que vino a romperlo el silbato de la locomotora, que silbando y rugiendo pasó por junto a nosotros como alma que lleva el diablo envuelta en nubes de humo y de fuego.

Junto a Salsiola nos enseñaron un monasterio abandonado y en ruina, que proyectaba su descarnada silueta a la luz de la luna por entre los árboles. Es un sitio romántico, allá en lo profundo a orillas del río, lugar triste y solitario rodeado de sombras y misterios, al que la obscuridad de la noche daba más atractivo y más carácter.

— Es un sitio adrede para leyendas, dije. Por fuerza debe tenerla.

Y la tiene, según luego me la contaron.

Por cierto que no es una de esas leyendas ñoñas y sin miga, como tantas otras. No: tiene vida, tiene color, tiene luz, tiene drama, con algo de la de Hero y Leandro en sus comienzos y con mucho de Dante en sus finales.

Voy a narrársela a usted... si acierto, que lo dudo. Para contar, para referir esta leyenda, que yo titularía *El farol del pecado* si me atreviese a escribirla, se necesitaría algo de aquel *quid* que pocos tienen... y que también es conveniente que tengan pocos.

No pudiendo, pues, hacerlo como quisiera, me limitaré a contársela a usted como sepa y puedo, breve y sencillamente, para que, a falta de mayor mérito, tenga el de su sobriedad al menos.

Comenzaremos por titularla *El farol del pecado*. Ya que no se escribe como debiera, conviene nominarla; que en el título, ó yo me engaño mucho, está lo más señalado.

En el monasterio de Salsiola, y en época de su esplendor, vivía un monje que andaba siempre solo y retraído. Había sido en el mundo noble hidalgo, capitán de caballos intrépido y gallardo, galanteador afortunado. Cuitas de amores ó reveses de fortuna le llevaron a buscar la paz del claustro, que no halló por cierto en el solitario monasterio. La frialdad del hábito no apagó las pasiones que en él ardían. La soledad, el rezo, la penitencia, no fueron flagelación, sino yesca de pecado y espuela de apetito para su alma, que cuanto más opresa se hallaba, más salteada

se sentía por ansias de lanzarse a mayores y más arrebatados vuelos.

No hay que averiguar cómo principiaron sus amores con la dama de Orizábal.

Desde las ventanas de su celda veía a lo lejos la torre cuadrada de la casa señorial donde moraba su amada.

Sólo muy de tarde en tarde podían verse y hablarse los dos amantes, y siempre en el secreto de la noche, rodeados de tinieblas y peligros; que era el marido de la dama tan celoso de su mujer, como guardador de su honra.

Cuando el Sr. de Orizábal se ausentaba de su casa, empujado por sus goces ó requerido por deberes, la dama encendía un farol en lo alto de la torre, señuelo pecador que llamaba al monje, atrayéndole a clandestinas y adúlteras citas.

Por las noches en que el farol aparecía en la almena de la torre cuadrada, el monje, sosegado el convento, salía misteriosamente de su celda, y, encelado, á obscuras y á tientas como quien va á hurto de amores, sin otra luz que *aquella que en su corazón ardía*, remontaba la pedregosa orilla del Deva hasta alcanzar un sitio donde era fácil vadear el río, a la otra banda del cual se alzaba la casa de Orizábal. Muchas noches ocurría tener que pasar el río a nado; y sólo salvándole de esta suerte, era como llegaba a los brazos de la dama de Orizábal, lo mismo precisamente que Leandro a los de su Hero.

Cierta noche, y a hora desacostumbrada, apareció el farol del pecado llamando al monje. No esperaba éste la cita. Tuvola dos noches antes, y no era de creer que el Sr. de Orizábal, llegado precisamente el día anterior, hubiese vuelto a marchar al siguiente; pero, aunque extrañado y con la alarma del recelo, acudió con presura. Salió del monasterio, furtivamente como siempre, cuidando de no turbar el sosiego de la santa casa; escaló las rocas; se deslizó por entre los peñascales con peligrosas prisas que eran diligencias de su ansiedad, y viendo brillar el farol con luz amorosa, luz que hubo de parecerle más viva que nunca, tan viva cual pudiera ser la de su deseo, vadeó sin dificultad el río, que aquella noche no venía crecido, como si quisiera facilitarle el paso, y llegó a la contraria orilla. Pero no acudió a recibirle allí su amada, solícita y diligente como las demás noches. Quien estaba allí era el esposo ofendido, al frente de un grupo de asalariados servidores, los cuales cayeron sobre el monje sin ventura, cortándole á cercén la cabeza, que entregaron a su señor, y despidiendo por las peñas el descabezado tronco.

Dueño ya de aquel sangriento trofeo el Sr. de Orizábal, fué sosegadamente para su esposa, que á recaudo tenía desde que hubo descubierto el misterio de sus amores y la clave de sus citas; y dando orden para maniatarla, prendió a su cinto, a guisa de escarcela, la cabeza del amante, y mandó en seguida que mujer y cabeza se depositaran en el lecho, que fué tálamo de su adulterio, y se emparedasen en la torre, que fué sepulcro de su honra. En seguida abandonó para siempre aquella casa, cuyo sitio y cuyas ruinas aún conservan hoy el nombre de *Torre de la emparedada*.

Así acabaron aquellos amores, y así los tristes amantes.

Pero aún vive el monje descabezado; aún vive, ya que no por misericordia, por milagro de Dios. Se cuenta que de entonces acá, todas las noches, promediada la media, que es la hora del castigo, así en aquellas noches de tranquilidad y luna como en aquellas de obscuridad y tormenta, todas, sin faltar una sola, se ve vagar al monje por las orillas del Deva, vestido con su hábito penitente, pero descabezado y llevando en la diestra el mismo farol de la torre que le llamaba a sus criminosas citas, condenado por voluntad divina a no tener paz ni reposo en su sepulcro hasta encontrar su cabeza, que eternamente busca, eternamente en vano, alumbrando siempre sus pasos y pesquisas con *el farol del pecado*.

Y esta es la leyenda del monje de Salsiola, mi amiga Emma. Esta es; y ya con ella doy fin a esta segunda y larga carta, que ha debido hallar difusa y somnifera sin duda. Dichosa ella, y más yo, señora mía, si por suerte no comunicó a usted el sueño que al mío robé yo para escribirla.

VÍCTOR BALAGUER

## LOS SUCEOS DE MELILLA

### CRÓNICA DE LA GUERRA

#### I

Pedro Estopiñán, por cuenta del duque de Medinasiona, de quien es teniente, se apodera de Melilla en 1446; un siglo después la incorpora Felipe II

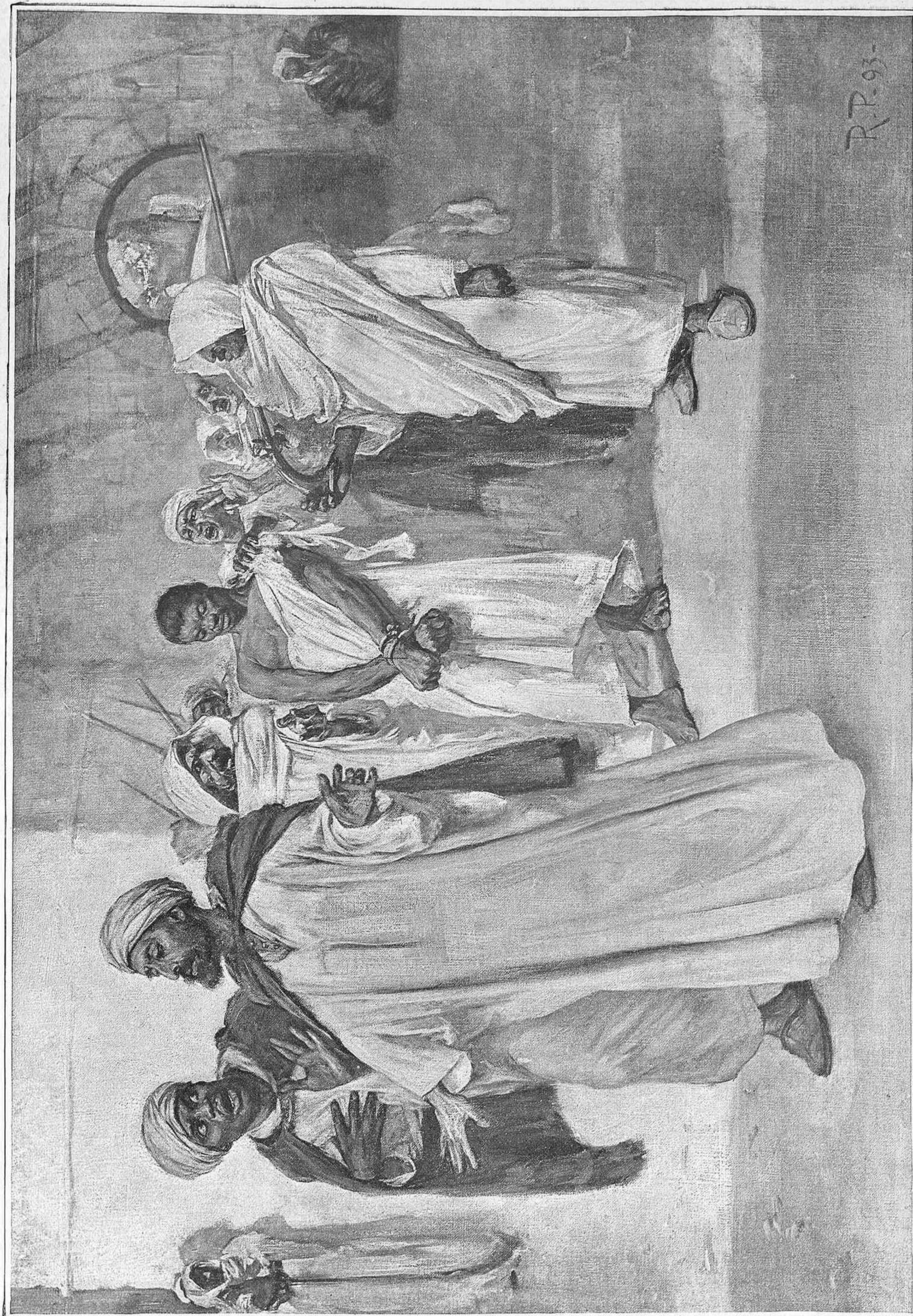
al Estado; en 1631 la sorprenden los moros y cuesta mucho recuperarla; medio destruída por los temblores de tierra en 1669, agobiada por el hambre, acosada a la vez por los moros, se abandona el fuerte de Santo Tomás. En el olvido, sin defensa, con sólo algunos hombres que viven y sucumben como mártires, en 1678 se abandona otro fuerte, el de San Lorenzo; un año después, el de San Francisco. Al fuerte de Santiago lo sitian poco más tarde miles de moros; los españoles del fuerte se resisten, hacen en la chusma gran mortandad, pasan muchos días, nadie acude en su auxilio, tienen hambre, tienen sed, pero luchan aún. Desfallecen... y luchan... van a morir... Para que después de muertos el fuerte no sea tomado, deliberan; pronto viene la conclusión; es unánime; volar el fuerte; lo hacen así, vuela el fuerte, y los españoles, hechos pedazos, hallan su sepultura bajo aquellos queridos pedruscos que enrojecieron poco antes con su sangre. ¡Fecha gloriosa... 14 de septiembre de 1679!

Continúa Melilla en miserable abandono; sin embargo, las escasísimas guarniciones de todas las épocas la defienden como el hombre a la mujer adorada. Melilla, pues, vive por casualidad milagrosa en poder nuestro. En 1694 la sitia Muley Ismail; la rechazan los sitiados, la bloquea Ismail durante mucho tiempo, y la abandona al fin, convencido de la imposibilidad de vencer con su gran ejército al puñado miserable de españoles que la plaza defienden. En 1697, otra fecha de gloria, los moros asaltan la plaza y son rechazados; en 1715 sufre otro cerco riguroso que dura mucho. Viene un tratado de paz que los moros no cumplen. En 1794, un formidable ejército, con Sidi-Mohamet-ben-Abdalá a la cabeza, sitia nuevamente a Melilla: consta la guarnición de ochocientos hombres escasos; resisten cuatro meses; Mohamet retirase al fin convencido también de la inutilidad de su tarea; hay otros convenios, de que las kabilas se mofan, y la plaza continúa en el mismo estado de abandono; mientras deja una y cien veces lavada la honra española, mientras mueren de hambre sin dejar de combatir, mientras Europa está en espectación ante la heroicidad de aquel puñado de hombres, España se acuerda de Melilla; España la halaga y la bendice; después, las guarniciones continúan en el olvido y es necesario otro nuevo monte de cadáveres españoles mutilados, destrozados, profanados, para que España vuelva a pensar en Melilla... España no; sus gobiernos.

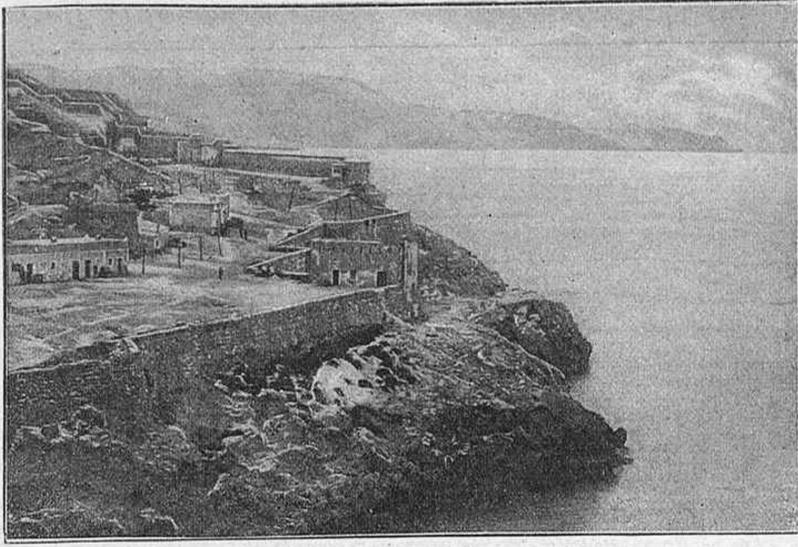
Así continúa hasta 1840: la plaza está sin víveres, como siempre; los presidiarios sublévanse; los rifeños embisten con verdadera furia y degüellan las guardias; la guarnición hace salidas que asombran, sublimes en realidad, arrancando a los pechos españoles lágrimas de dolor y orgullo... ¡Estéril todo!

Sigue la campaña del 60, que alcanza ya a nuestros padres; donde nuestros padres luchan como leones; donde el ejército español, cubriéndose de gloria y admirando a las potencias extranjeras, obtiene un inmenso lauro por cada batalla sostenida... ¡Vergüenza y duelo! Campaña más gloriosa, sí, pero más estéril que ninguna.

Viene el tratado de Vad-Ras; por este tratado España tiene derecho a un pequeño territorio comprendido entre Melilla, dentro de un semicírculo y el radio que se desarrolle por el alcance de un cañón de 16; resulta el radio de unos 3.000 metros, unas 1.600 hectáreas. Los españoles, como siempre, no cuidan de ocupar esa tierra. En 1870 azota el paludismo a la población; originase por la humedad del río del Oro, cuyo cauce corre lamiendo la muralla; decídese desviar el cauce unos doscientos metros y es preciso un cuerpo de ejército para obligar a las kabilas a que nos permitan hacer estas obras en territorio español. Pasa otra vez la nube. Nuevos y vergonzosos olvidos de Melilla. Con la guerra civil es olvidada ya del todo, y viven sus escasas fuerzas con escaramuzas siempre, con sangre siempre y con maldiciones de madres infortunadas que lloran a sus hijos, maldiciones y sangre que caerán sobre la cabeza de nuestros gobiernos. En 1884 se ocurre al fin edificar en el cerro de San Lorenzo el primer fuerte, por el plan de defensa de Roldán Vizcaíno; sigue después el de los Camellos, detrás el de Cabrerizas Bajas y a seguida el de Rostrogordo, que toca, como el de Cabrerizas Altas, el límite español por la parte derecha del río del Oro. Este plan, aprobado por el gobierno, debe tener a la izquierda y por la parte que da al Gurugú otros fuertes, de los que sólo se construyó el de los Camellos. Estará uno próximo a la casa de la marina, sobre la playa de los Cárabos; otro, ya en el límite español, y el de Sidi-Auriach — origen de la guerra del Rif, — que tiene a la derecha la Alcazaba y la Mezquita, y a la izquierda el poblado y la huerta de la Mezquita. Llegamos, pues, con sólo una breve idea general de la historia de Melilla desde su ocupación por los españoles, a la fecha triste del 2 de octubre.



MARRUECOS. - CAPTURA DE UN CRIMINAL, dibujo de Ralph Peacock



MELILLA. — LA ALCAZABA (de una fotografía)

## II

El general Margallo manda la plaza; su historia es limpia; todo el mundo asegura que es un hombre de honor, y él lo prueba. Lo primero que se hace para las obras del fuerte Sidi-Auriach es un barraconcillo donde guardar las herramientas. Durante la noche lo destruyen los rifeños. Margallo, que ha presentado lo que ocurrirá, pide á Madrid gente. El general abunda en razones para temer, no sólo porque lo reconoce así su experiencia de soldado, sino porque se le advierte por las kabilas que no permitirán allí construcción alguna; es tierra sagrada para ellos por estar próxima á la Mezquita. Los españoles no hacen caso, y dan principio á las obras, que son destruídas también; la mañana del 2, á trabajar de nuevo. Hay cuarenta hombres en el fuerte, que son envueltos y arrollados por los moros. Empieza la guerra.

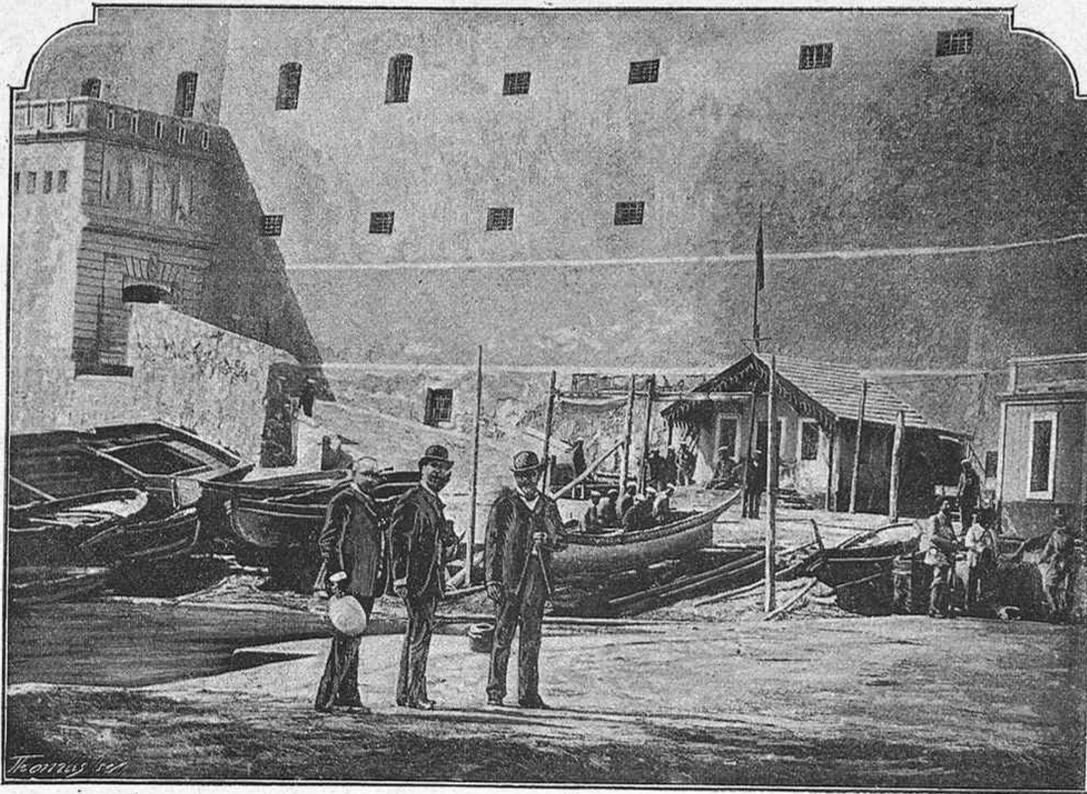
El escaso número de españoles no puede resistir á la feroz muchedumbre, y tampoco puede retirarse por lo mismo; Margallo envía rápidamente setecientos hombres del batallón disciplinario y regimiento de Africa: la lucha es inmensa; la retirada es verifica con doce españoles muertos y multitud de heridos. Los presidiarios que trabajan en el fuerte pelean con las armas inútiles ya de esos heridos y esos muertos españoles, que podrán ser bajas en campaña por el honor y engrandecimiento de su nación, pero que serán solamente víctimas infelices de otra guerra vergonzosa y sin fruto. En este día, de recordación infausta, los españoles combaten y mueren como la historia atestiguó durante siglos y siglos; levantándose cada uno un pedestal, que las mujeres españolas desde las penumbras de sus templos y desde sus tristes hogares silenciosos adornarán con siemprevivas de su corazón, y cada español regará con lágrimas de fuego.

Los combates parciales de este día de dolor y orgullo para la nación española, en que grupos de dos ó tres soldados españoles se defienden contra apiñados remolinos de la rencorosa y salvaje chusma del Rif, bastarían para que otra cualquier nación se conceptuara la primera del mundo. ¡Y qué! Los soldados se retiran en espera de unos refuerzos que no van, y los moros se posesionan del campo español. Las imaginaciones se exaltan, el humo de los cerebros meridionales llega á las nubes; pero la plaza de Melilla continúa sin gente y sin provisiones, y los moros atrincherándose en el campo español y mofándose de Melilla y de España. La movilización de tropas, sin embargo, es inmensa; á contar los batallones y regimientos que van al Rif, según los telegramas y las gacetillas de los periódicos, no habría volúmenes suficientes para extender su nomenclatura, pero en Melilla cuando esto ocurre no habrá ni 6.000 soldados.

Necesítase ahora un afilado pensamiento de acero

para abrir surco y obtener la verdad, en ese monte inconmensurable de telegramas, notas oficiosas, gacetillas, artículos y sueltos publicados, reproducidos, estirados y vueltos á reproducir, que llevan la confusión al cerebro más firme. Del 2 al 27 de octubre no ocurre nada. Margallo se muestra indeciso; se le vitupera su indecisión... ¿Y por qué? Margallo no hace otra cosa que reflejar la incertidumbre de sus superiores. ¿Por qué se ha de pedir á un subalterno, por serenidad y firmeza que tenga, aquello de que carece el superior á cuyas órdenes está? Si se inculpa hoy á un muerto sin defensa, para eludir, quizá quien le inculpe, responsabilidades pavorosas, téngase en cuenta que el muerto no ha-

blará para defenderse. Se destituye al general Margallo, se nombra á otro, llegan las jornadas del 27 y 28, Margallo se hace matar por la vergüenza de que ha de salir de Melilla sin prestigio, y he aquí, por las vicisitudes de la suerte, un hombre popular, desacreditado y muerto en sólo algunos días... Desacredita-



MELILLA. — PUERTA DE ENTRADA (de una fotografía)

do, no... Supo morir... España le llora y le venera.

Con Margallo caen multitud de inocentes que no han tenido la culpa de la desesperación de su general, ni de los errores de los gobernantes; nuevas fechas dolorosas y sublimes en que el español combate pecho á pecho contra un enemigo á quien por su gran número le es imposible vencer; sin embargo, no desalienta, sufre hambres y lucha aún sin que la sangre preciosa que derrama pueda fructificar en bien del país amado; como siempre, los hechos heroicos se multiplican; el oficial pelea bravamente y sucumbe; los soldados mueren abrazándose en fiera acometida á los que les asedian: adolescentes, niños casi en su mayoría, se lanzan nuestros soldados como fieras, luchan como cíclopes y caen como héroes; retíranse al fin ante la inmensa superioridad del número. La noticia se extiende como nube luctuosa; en toda España se oye un alarido de dolor, y las hordas del Rif cantan ferozmente su victoria en nuestro campo, extendiéndose y rastreando por las hondonadas y por los cerros, con sus chilabas sucias y sus

atezados y feroces rostros, como viscosidades pestilentes de la tierra.

Llega Macías al mismo tiempo de morir Margallo; toma posesión, dispone algunas medidas de acierto, arroja á los moros de la Aduana del Rey, expulsa á los judíos, ordena la construcción de barracones para las tropas... De repente publica el gobierno un extraordinario de la *Gaceta* contando á los españoles que nuestras tropas han obtenido un formidable triunfo. La noticia produce un efecto mágico; la alegría enloquece las almas; en toda la nación hay manifestaciones de entusiasmo; el júbilo se desborda de los pechos... Los moros han sido atacados por nuestras tropas; no pueden resistir las formidables cargas á la bayoneta del batallón disciplinario, huyen hasta el Gurugú; el «Conde de Venadito», «La Numancia», «Alfonso XII» y el «Isla de Cuba» los cañonean incesantemente, haciendo en las masas de moros mortandad horrible... El general Macías pone telegramas al gobierno, manifestándole que el campo español está limpio de moros; toda la prensa lo confirma; todo el mundo está convencido de que es así; cada pecho español es una gloria abierta de par en par á la esperanza de que todo concluya con satisfacción y orgullo nuestro... ¡Ay! Pero por esas puertas de la gloria que se abren de par en par en los pechos españoles, métese como un cuchillo, en vez de la esperanza, la triste convicción de que los moros son dueños de parte de nuestro campo, de que nos hostilizan desde nuestras trincheras y de que están en la persuasión de que

nuestros fuertes serán suyos.

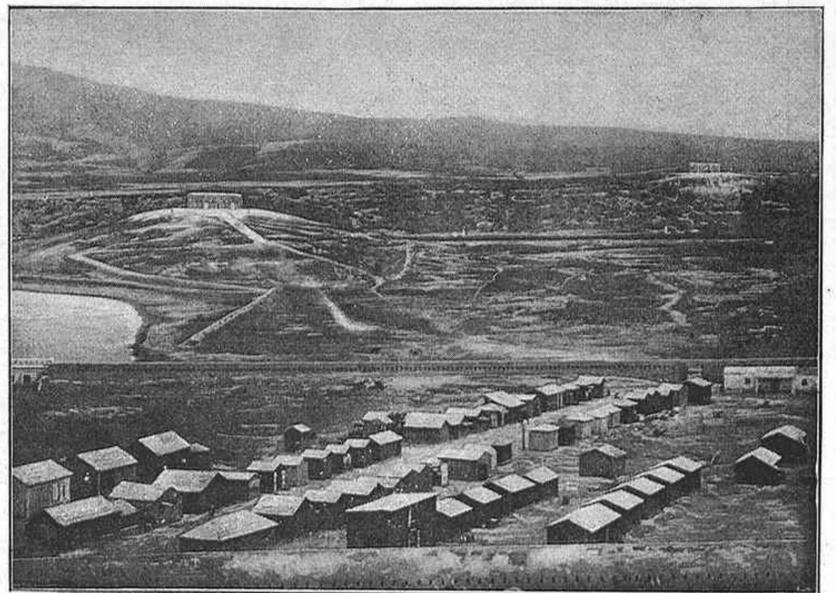
El abatimiento que esto produce se acentúa con la alegría del ministerio. El ministerio parece muy dichoso porque espera una nota del sultán.

El sultán á todo esto es un personaje que no habla; está entre bastidores: como el escenario tiene tanto fondo — todo Marruecos, — resulta que el sultán no parece en parte alguna; tarde ó temprano tiene que parecer, pero no sabemos si su presencia servirá para el desenlace del drama, ó para que se meta ya en acción verdaderamente y que todo lo ocurrido se guarde como prólogo...

Pero no. ¿A qué engolfarnos en pesimismo? Las tropas de Melilla pueden ya llevar convoyes sin que los moros las hostilicen; en el campo reina tranquilidad seráfica; el sultán sólo está á dos jornadas, y de un instante á otro ha de llegar para que todo quede arreglado amigablemente, y el gobierno español tendrá la fortuna de haber conseguido con su ha-

bilidad y con su prudencia que no estalle una conflagración en toda Europa.

Efectivamente, el sultán no ha llegado, pero el gobierno recibe una nota del sultán... El sultán se dispone á castigar á las kabilas... El sultán se duele mucho y no hace más que sufrir por la agresión hecha á los españoles; á nosotros, á un pueblo tan ami-



MELILLA. — MERCADO EXTERIOR CONOCIDO POR LAS «BARRACAS» (de una fotografía)

go del sultán; el sultán quiere conservar nuestro cariño; el sultán está frenético de coraje y corre contra las kabilas... Pero el sultán, que ha tardado mes y medio en dar señales de vida, ahora estará, de seguro, otro mes y medio representando el papel de que hace alguna cosa, sin que sepa nadie á qué atenerse tampoco.

Con estas noticias coincide la suspensión de hostilidades de los moros; se achaca por unos á carencia de municiones; por los más, á la muerte de Alí el Moreno y otros morazos de influencia que los mantenían en su coraje contra los españoles: en conclusión, esto aumenta la alegría de los ministros, porque lo achacan al temor que los produce la próxima llegada del sultán. Y así es; el buen hombre debe estar muy próximo; las kabilas deben estar ya muy asustadas, y la nota del sultán, que se conceptuó como un gran éxito, debió ser sin duda muy satisfactoria, porque el general Macías pide muchísimo material y refuerzos; los fuertes todos y las embarcaciones españolas cañonean sin parar al enemigo, y el ministro de la Guerra se apresura á mandar soldados, hasta el punto de haber salido de Barcelona en un día solamente más de dos mil hombres. ¡Gran Dios!.. ¿Qué hubiera ocurrido, caso de no ser satisfactoria la respuesta del sultán?.. Adelante: no es una crítica esta, es una crónica: la hora del *inicio* no llegó aún; pero sin uno querer, se deslizan al volar de la pluma pequeños comentarios que saltan del corazón como gotas de sangre.

Se tienen noticias de que los moros están tranqui-

los; inmediatamente se sabe que no lo están; de pronto que piden una tregua, que se la da Macías de venticuatro horas para que cesen de una vez en sus hostilidades, que se cumple el plazo, y que los

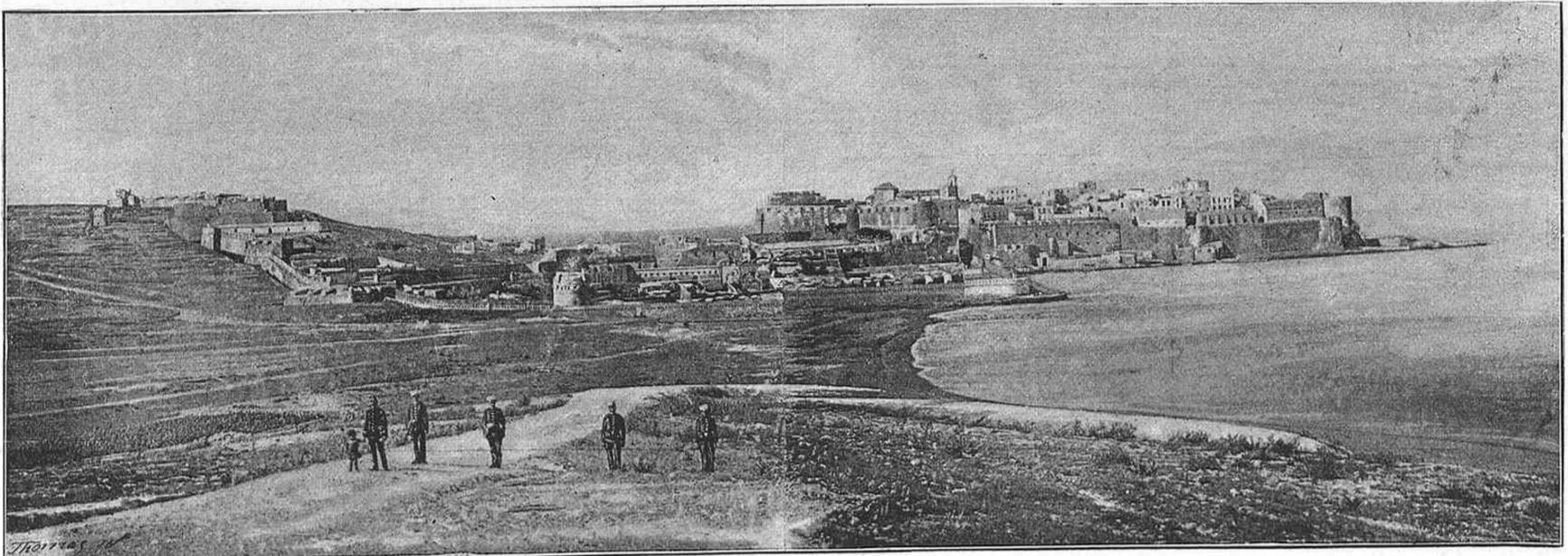
recibiéndose noticias sin tregua, de aquí, de allí, de todas partes, que se desmienten todas en el mismo día y en el mismo periódico que las da.

Resumen: la situación es la siguiente: el sultán re-

moros que *ansían* la paz como la salvación, ni contestan siquiera; que da principio el cañoneo otra vez, y que debe correr prisa; que en el interior del Rif se *proclama la guerra* y que los moros dicen que *no quieren más batallas*, porque sus trigos no florecen; que el sultán viene á Melilla, pero que no viene el sultán, que viene un hijo suyo; que no viene un hijo suyo, pero que manda caballería mora; esta caballería no es caballería, se desmiente por completo; son cien emisarios que manda el sultán á las kabilas para pedirles por favor que cesen en sus hostilidades contra los españoles. A seguida se sabe que el sultán sigue en Tafite... Se habla de contrabandos, de angustias, de bajezas; se habla también de otra victoria obtenida por España sobre los rifeños; pero la opinión duda y nadie se entusiasma, por temor de que no vaya á ser como aquella en que el campo español quedó limpio de moros, y por esa incertidumbre y malestar que producen noticias tan contradictorias; pues á la par que se sabe que no se dispara un solo tiro, y que los moros están pacíficos y con nadie se meten, se sabe también que disparan una descarga contra Macías, salvándose el general por milagro, y que no cesa el cañoneo sobre el enemigo. El gobierno calla y hace mal; la prensa diciéndolo todo, lo que es y lo que no es, hace peor, y continúan



DON MANUEL ORTEGA SÁNCHEZ MUÑOZ, jefe de la primera brigada del segundo cuerpo de ejército de operaciones en Melilla (de fotografía de la ambulancia del Sr. Company, de Madrid)



VISTA DE MELILLA DESDE EL FUERTE DE SAN LORENZO Y DEL FUERTE VICTORIA GRANDE (de una fotografía)



LA DANZA DEL OTOÑO, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE GABRIEL MAX

mitió su segunda nota: el gobierno está intranquilo porque en ella nada se habla de indemnización: no hay confianza maldita en lo que el sultán dice, y se piensa ganar el tiempo perdido en espera de esa contestación, lanzando inmediatamente sobre las kabilas un numeroso cuerpo de ejército que las confunda y aplaste de una vez; — ¡hora solemne por la cual suspiran todos los españoles!

¿Llegará? Trece mil hombres hay en Melilla; en Andalucía, cuatro brigadas, hasta el complemento de los veinte mil, para marchar al punto; el ministro de la Guerra dice que va á Melilla ó deja de ser minis-

¡Espías y carceleros!.. ¿De qué han de servirle al que siente una pasión tan grande como la que poco á poco fué apoderándose de todo mi ser?..

¡Carceleros y espías!.. ¿Qué pueden importarle al que, amando con verdadera locura, vence las dificultades que se le presentan y en cada nuevo obstáculo cobra fuerzas para proseguir la lucha con más fe, con más entusiasmo?..

Todos los días, cuando el cielo empezaba á cubrirse de sombras, de trecho en trecho iluminadas por el tenue fulgor de las estrellas, dirigíame á la casa que *ella* habitaba en las afueras de la capital, don-

ausencia olvidara por completo aquel amor que tan dulces horas me había proporcionado, pero sí que seguramente el recuerdo de la mujer amada permanecía aletargado en mi pecho, cuando, de vuelta otra vez en la corte, supe que la mujer objeto de mi amor continuaba, como en tiempos anteriores, reclusa en la misma casita blanca de las afueras.

Como por encanto surgió ante mi vista todo aquel pasado de dicha y placer, haciéndome pensar, con miedo al principio, con resolución después, los medios de que pudiera valerme para reanudar las antiguas relaciones con aquella virtud de la que sólo



MELILLA. — MARI GUARI, ESPÍA MORO HECHO PRISIONERO (de fotografía de la ambulancia del Sr. Company, de Madrid)

tro. De esto han resultado graves disidencias: unos ministros se oponen, otros le ayudan, y López Domínguez continúa preparándolo todo para su marcha á Melilla sin hacer caso de nadie. Si va, si las operaciones que han de seguir revisten la grandeza de un verdadero acontecimiento para España, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA estará allí, y estas crónicas se escribirán sobre el mismo campo de operaciones. ¡Ojalá no se necesite! ¡Ojalá concluya todo, como tal vez suceda, prontamente, con algún honor y sin más sangre perdida! Porque es una triste verdad; empeñados ya en la lucha, acariciaría la victoria nuestros pechos con su ardiente soplo; nos embriagaría, nos cubriría de flores; pero de esos laureles, de esas flores mismas, brotarán después los empréstitos, las contribuciones, el hambre, la miseria, la ruina total en fin, serpiente que asoma la cabeza silbando para ahogar de una vez entre sus anillos á este pueblo valeroso y sin fortuna.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

## LO ETERNO

### I

Nos queríamos con tal locura, que únicamente la intensidad de nuestro cariño podía darnos fuerzas para vencer los obstáculos que á todas horas se oponían á nuestra felicidad.

Guardada *ella* como favorita de caprichoso sultán, y rodeada de espías y carceleros que la seguían á todas partes investigando sus actos y estudiando el sentido de sus palabras, veía transcurrir los días eternamente iguales, tristes y aburridos, cuando nuestras diarias entrevistas fueron á romper aquella insupportable monotonía.

de tenía la seguridad de hallarla esperándome, siempre amante, siempre cariñosa.

Llegaba, por fin, á divisar los muros de la casita, y entonces comenzaban los cuidados para no ser visto, las precauciones para no ser conocido... Tendido sobre la hierba arrastrábame hasta encontrar la tapia que escalaba penosamente, y después, andando sobre las puntas de los pies y poniendo el mayor cuidado para no hacer el más leve ruido al atravesar los matorrales, acercábame á la casa donde en uno de los balcones del primer piso estaba *ella*, ligeramente inclinada, diciéndome con un dedo puesto sobre los labios y quedo, muy quedo:

— ¡Chist!.. ¡Cuidado, por Dios!.. ¡Que no te oigan!

Y trepando al balcón, penetraba en la estancia, sudoroso, jadeante, como un salteador vulgar, con las botas llenas de barro, el traje hecho jirones y las manos ensangrentadas, arrojándome en los brazos de mi amada, que con cariñosa solicitud ponía en orden mis ropas, prodigándome las más dulces caricias, los cuidados más afectuosos.

¡Cuánto amor derrochábamos en aquellas horas que transcurrían con velocidad pasmosa!

¡Qué de juramentos y promesas nos hacíamos, hasta que allá, á la madrugada, veíame precisado á salir de allí con las mismas exageradas precauciones que había tenido necesidad de poner en práctica al entrar, á fin de no ser visto ni oído, en tanto que *ella*, mirándome dulcemente, me hacía la eterna recomendación, diciéndome con un dedo puesto sobre los labios y quedo, muy quedo:

— ¡Chist! ¡Cuidado, por Dios!.. ¡Que no te oigan!

### II

Exigencias de la lucha por la vida obligáronme á partir lejos, muy lejos de la capital. No diré que en la

habían triunfado mis palabras ardientes y mis apasionadas caricias.

Y hablando solo, pretendiendo disculpar á mis propios ojos la conducta desleal y desagradecida que durante mi ausencia hube de observar con aquella mujer que me adoraba, emprendí el camino tantas veces recorrido, dirigiendo mis pasos á la casita tantas veces visitada.

Nunca se me hizo tan largo el trayecto... Andaba y andaba... y al propio tiempo iba preparando una especie de discurso que pensaba decirle de rodillas á sus pies y cubriendo de besos sus manos para conseguir el perdón de mi falta... Sentía que mi antiguo amor resucitaba con nuevas fuerzas y prometía agotar con *ella* toda mi elocuencia á fin de convencerla de que mis juramentos serían eternos... ¡Cuesta tan poco engañar á las mujeres desengañadas!..

Ya, por último, divisé la casita... Todo en ella estaba igual... El muro, los árboles, las enredaderas... Acercábame con cuidado poniendo en práctica las mismas precauciones de antaño...

Escalé el muro, atravesé los matorrales, y en la precipitación por llegar pronto no reparé que arañaba mi rostro, desgarraba mis ropas y ensangrentaba mis manos... ¿Qué importaba? ¡Era feliz, feliz por volverla á ver!..

Y avanzaba emocionado, palpitante, sediento de amor...

De repente, me detuve asombrado... *Ella*, mi adorada, estaba allí, en el mismo balcón de siempre, ligeramente inclinada con un dedo puesto sobre los labios, diciendo quedo, muy quedo, á un individuo — ¡que no era yo! — y que en aquel momento escalaba la tapia:

— ¡Chist!.. ¡Cuidado, por Dios! ¡Que no te oigan!

JOSÉ JUAN CADENAS

# LA POLA

NOVELA ORIGINAL POR EVA CANEL. — ILUSTRACIONES DE J. CABRINETV

(CONTINUACIÓN)

— ¿Saldrá el señor á pie con este frío?  
 — Sí, tengo que hacer una cosa urgente.  
 Joaquín se sorprendió de veras de aquella salida: era la vez primera que su amo salía á tales horas, por un quehacer urgente. ¿Qué podía ser que no lo mandaba á él, para quien al parecer no tenía secretos?  
 — También tú tienes que salir, dijo Pacheco des-



... Hacía tres segundos que reflexionaba sin pensar en la joven

A buen paso se encaminó á la calle de Alcalá, y cuando hubo llegado á la esquina de la del Caballero de Gracia se detuvo reflexionando. ¿Entraría por la de las Torres? ¿Subiría la de San Miguel? Después de titubear un momento, decidióse por esta última, recordando las advertencias de su ayuda de cámara.

Como á la mitad de la calle vió un corro de mujeres del pueblo delante de una puerta que daba entrada á un zaguán de buen aspecto; discutían accionando con las desmenuetas maneras del pueblo bajo madrileño. La que hablaba con más calor, llevando la voz cantante, era una mujer entrada en años, frescota y armada de escoba, sobre la cual apoyaba el lado izquierdo.

— Este es el mundo, hijas: unos tanto y otros tan poco, decía con tono sentencioso.

Luis, que oyó estas palabras en el momento de pasar, sintió la curiosidad de preguntar lo que se trataba.

— Ustedes dispensen, dijo acercándose y llevando la mano al sombrero, cosa que le granjeó desde luego las simpatías de la mujer de la escoba. ¿Ha ocurrido algo por aquí?

— Poca cosa, señorito; pero si usted fuese de la autoridad, me alegraría que se enterase.

— Sí lo soy, contestó Pacheco agarrándose á la inocente mentira que le sugirió la mujer.

— Pues ya verá usted: en una *guardilla* vivía una pobre mujer, gallega, con una hija que estudia para *cantanta* y cantaba no sé dónde: mientras la chica ganaba algo y la madre cosía en las casas iban bien; pero hace seis meses que la pobre mujer dejó de trabajar por enfermedad, y con seis reales que daban á la muchacha, pues diga usted, ¿qué se puede hacer? Se fué poniendo cada vez más malita la madre: ¡claro!, el médico de la casa de socorro venía cuando venía, y las medicinas no llegaban nunca, y el pan estaba en la tahona, y la carne en la carnicería: el caso es que la pobre mujer fué de peor á peor, y la hija lleva dos meses sin cantar y se han quedado hasta sin cama. Anoche cuando me retiré yo, que soy la portera para servir á usted y á Dios, entré á verlas y todavía les dí un poco de caldo, porque me parecía que en todo el día no habían probado gracia del Señor: yo no sé qué pasaría después, porque me fuí á mi cuarto, y á eso de las cinco de la mañana oí voces; se levantó mi hombre, y total que no sabemos por qué ni por qué no, y Dios me libre de malos pensamientos, pero la chica había salido después de cerrada la puerta de la calle y cuando volví encontré á su madre muerta.

Luis Pacheco se estremeció: sintió que le oprimían el corazón, y dijo precipitadamente:

— ¿Quiere usted enseñarme la buhardilla en que sirve esa desgraciada criatura?

— Sí, señor, con mucho gusto: mire usted, señorito, aquí hemos hecho todo lo que hemos podido, le dimos algo de nuestra pobreza para amortajarla y ahora anda mi marido corriendo los pasos para que se la pueda enterrar, porque como no hay certificado de médico ni cosa que lo valga... ¡Ay, señorito! ¡Qué cosas se ven con eso de la caridad! Muchos miles y mucha bambolla. Esta pobre chica acudió á la parroquia, acudió á las juntas y á cuanto hay que acudir. ¡Que si quieres! En unas le pedían la cédula, en otras la papeleta de comunión, en otras la partida de bautismo... Mire usted que si esa chica se ha perdido por dar pan á su madre, no tiene ella la culpa; sobre la conciencia de otros va. Creo que no han sido unas cualesquiera, y ya se las conoce que han tenido principios, porque Polita es, no despreciando á nadie, una chica muy lista y muy buena. Me contó un día la señora Rosa, que tenía aquí una sobrina que está riquísima; pero la maldecida no las socorría ni quería verlas, porque lo tenía á menos: creo que es

una señorona que gasta coche. Esta mañana le dije yo á Polita: ¿por qué no manda usted un recado á casa de su prima? ¿No le había de dar á usted siquiera para enterrar á su tía? Y me contestó que ni siquiera sabía dónde vivía ahora; pero aunque lo supiese, que no hubiera mandado. Dice que las ha visto alguna vez yendo ella muy repantigada en el coche y que ha vuelto la cabeza. «Ya que ha muerto mi madre de hambre sin recibir de ella un socorro, no quiero que reciba la sepultura,» me dijo; y tiene razón, señorito. ¡Qué perras son algunas mujeres! Aquí es, dijo la portera parándose y cesando de hablar, cosa que no había hecho desde que la interrogara Luis.

— Llame usted, y si no quiere usted entrar no entre.

— No, señor, no entro ahora, porque tengo sola la portería; á ver si viene mi marido y se puede arreglar esto.

— Cuando venga su marido hágale usted subir, y tome usted por haberse molestado.

Pacheco dió á la portera dos duros, y ésta, deshecha en ofrecimientos y cumplidos, arqueaba el cuerpo cuanto le era posible. Tardaban en abrir la puerta y la buena mujer llamó de nuevo.

— No faltaba sino que le hubiese sucedido algo á la chica...

Pero la puerta se abrió, apareciendo en el dintel una joven pálida, demacrada, abrigada apenas con una toquilla rota, el cabello en desorden y los ojos encarnados de llorar.

— ¿Es el señor forense?, preguntó.

— No, hijita no, contestó la portera, es un caballero de la autoridad, muy caritativo y bueno, que entra por las puertas de su casa como si entrase Dios.

Luis agradeció la presentación entusiasta y sincera que la portera hacía de su persona, y pasó sin pronunciar palabra: había reconocido la voz de la mendiga y un agudísimo dolor le partía el alma. ¿Por qué no la escuchara la noche anterior?..

Sin preocuparse de la joven dió dos pasos adentro y tropezaron sus ojos con un cuadro imposible de describir: en el suelo, sobre un jergón de paja, yacía el cadáver de aquella desventurada mujer, muerta de hambre, de frío y de dolor la noche antes. En una taza desportillada, mediada de agua con una capa de aceite, ardía, chisporroteando ya, una mariposa cuya luz falta de brillo daba de lleno en la fisonomía de la muerta, aumentando lo amarillento del rostro demacrado por el hambre y por los sufrimientos. En un barreño, también desportillado, había blanca ceniza y dos pucheros de barro sin tapas; aquella ceniza sin fuego atería el ánimo tanto como la temperatura de la buhardilla atería los miembros; dos sillitas bajas sin respaldos, con la paja de los asientos erizada; un baúl de cuero, antiguo y despellejado, y una percha de hierro de cuyos dos únicos ganchos pendían unas prendas de ropa que debían haber sido negras, era el único ajuar de la miserable vivienda, por la cual no se podía caminar de pie sin encorvar la espalda.

Los nobles sentimientos de Luis se rebelaron contra tan espantosa burla de la muerte. ¿Qué podían haber hecho aquella niña y aquella anciana para ser víctimas de un destino cruel?

Hacía tres segundos que reflexionaba sin pensar en la joven: volvió la cabeza y la encontró á su espalda mirando fijamente el cadáver de su madre y derramando lágrimas silenciosas que hilo á hilo rodaban por sus mejillas.

— ¡Pobre niña!, dijo con ternísimo acento Luis. No llore usted más: sólo siento no haber llegado á tiempo para evitar la muerte de su madre si era posible: no se aflija usted, juro no abandonarla y servir á usted de padre.

La joven levantó los ojos electrizada por aquellas palabras que le parecían bajadas del cielo, y los fijó con tal expresión de gratitud en la Providencia que en figura de un apuesto caballero se le presentaba, que Luis en un exceso de paternal solicitud atrajo á la niña hacia sí, abrazándola para envolverla con su capa.

— Está usted yerta, ¡pobre criatura! En cuanto llegue el portero le daré mis órdenes, y pronto tendrán usted y el cadáver de su madre todo lo que necesi-

pués de un rato; te dejaré cinco mil pesetas para que las entregues al conserje del Veloz de mi parte: ya sabe á quién las ha de entregar.

Joaquín adivinó que su amo había jugado y perdido aquella cantidad: sufrió como si le hubiesen asestado un golpe en el corazón, pero no dijo una palabra.

— Yo voy á una aventura, Joaquín: ¿qué te parece?

— No será mala cuando va el señor.

— Pues guárdame el secreto, porque te la voy á contar. Anoche cuando yo bajaba la calle de Alcalá me salió al encuentro una mujer, que debía ser joven, y con voz entrecortada por los sollozos me pidió una limosna para su madre: no hice caso, suponiéndola una de tantas cómicas de la miseria, y seguí sin constarla ni mirarla; pero cerca ya de la Cibeles reflexioné: volví atrás y no pude encontrarla: te juro que he pasado la noche desasosegado y hasta he soñado con ella el poco tiempo que he dormido.

— Ya me figuraba yo que las aventuras del señor tenían que ser de esta clase.

— Pues mira, se me ha metido en la cabeza que aquella infeliz no era una farsante ni una perdida: estoy intrigado y revolveré Roma con Santiago para encontrarla.

— Me parece difícil.

— Voy creyendo que sirvo para juez de instrucción, porque se me han ocurrido grandes medios: recorrer todas las casas de pobre apariencia que haya en las cercanías de San José. Si la pobre era lo que yo me figuro, una infeliz vergonzante, á tales horas no debía estar lejos de su casa.

— El señor tiene razón, y por ese medio tal vez la encuentre: acuérdesse el señor que en las calles de San Miguel y la Reina hay algunas casas de apariencia humilde...

— Tienes mucha razón. Prepara la ropa en el tocador: la señora no pensará nada bueno de esta salida después de haber venido tan tarde; pero ¡bah!, ya se le pasará el enojo.

— ¿Por qué no se lo cuenta el señor?

— Dios me libre: creería que llevo malas intenciones ó se burlaría de mí: no quiero que sepa nada.

Luis Pacheco se vistió, saludó á su mujer, que le contestó mal humorada, besó y acarició mucho á sus hijos y salió dejando á Camila confusa por aquel desusado madrugón.

tan. ¿Es usted gallega, según me ha dicho la portera?

- De la provincia de León, rayando con Galicia.

- También me ha dicho que es usted corista y que se llama usted Polita.

- Me llamo Leopolda; pero siempre me han llamado Pola y Polita: soy corista por ganar algo, pero estudio canto en el Conservatorio.

- ¿Y no tiene usted familia en Madrid ni en su país?

- En mi país algunos parientes, en Madrid no, señor.

- Entonces me ha engañado la portera cuando me ha dicho que una prima...

- Yo no cuento á esa para nada ni quiero recordarla: la perdono por haberse avergonzado de nuestra pobreza, pero no quiero ni pensar que existe. Mi pobre madre vino á Madrid confiada en la protección que pudiera prestarle la hija de su cuñado, y sufrió

atroz desengaño: era tan mala como mi tío, que jamás tuvo para nosotros una peseta: mi prima recibió á mi madre con el mayor orgullo: le daba un duro que mi madre no aceptó, y le dijo que no podía atenderla sino ocultamente, porque no quería que su esposo pudiese echarle en cara que tenía parientes pobres. La idea de que su marido se enterase la sublevaba. Cuando mi madre rechazó el duro le llamó pobre orgullosa, y la infeliz salió de allí ahogándose de pena. Yo había quedado en nuestro pueblo con unos parientes: mi madre se puso entonces á servir para reunir lo necesario y traerme á su lado: á los seis meses me reuní con ella. También yo entré como

niñera en una casa, los señores me querían mucho; sin embargo, no podían tenerme: yo no hacía más que llorar, y mi pobre madre, que sufría horriblemente cuando le decían que me pasaba el día sollozando, decidió poner un cuartito y que trabajásemos en casa ó que aprendiese yo un oficio. Ni las privaciones ni las necesidades me hacían mella, vivía con mi madre, no se rebelaba mi espíritu contra la triste condición de sirviente y era feliz cantando como un pájaro desde que me levantaba hasta que me acostaba. Hubo de gustarle mi voz á un profesor de canto que vivía en la misma casa, y aconsejó á mi madre que me matriculase en el Conservatorio, prediciéndole para nosotros un porvenir brillante; mi madre comprendió las razones del buen señor; pero no podíamos disponer del dinero de la matrícula; apenas ganábamos lo suficiente para no morirnos de hambre. El maestro entonces habló á los vecinos, y entre todos me proporcionaron cinco duros para matrícula y métodos. Hace de esto cuatro años, cuatro años que hemos sufrido toda clase de privaciones: me contraté en un teatro como corista, pues era imposible que viviésemos con lo que mi madre ganaba cosiendo; pero hemos llegado á este extremo á causa de la enfermedad de mamá y de no tener yo trabajo: tampoco he podido matricularme en este curso.

- ¿No tiene usted padre, por lo que se desprende?

- Murió cuando apenas contaba yo tres años: era abogado allá en el pueblo: mamá tenía de su dote unas tierras y una casita que se consumieron después de muerto papá, y entonces fué cuando la infeliz determinó venir á Madrid. El padre de mi prima era hermano del mío; pero no queriéndose conformar con la modesta posición de mis abuelos, unos señores arruinados, marchó á las Américas, en donde hizo gran fortuna. A papá lo estudiaron, pero no le dieron otra cosa, y mi hermano jamás le hizo caso ni volvió á pensar en el pueblo ni en la familia. Cuando papá murió le escribí mi madre y no obtuvo respuesta: la pobre creyó que la hija de semejante hombre podía ser mejor, pero se llevó chasco.

- ¿Cómo se apellida usted, Pola?, preguntó Luis, creyendo sacar por el apellido de la joven el de su infame tío.

- Suárez.

Nada le dijo á Luis este vulgarísimo patronímico, por lo cual abandonó la idea de averiguar más. ¿Y qué le importaban? Eran unos perversos de los cuales no debían ocuparse.

- ¡Bueno, bueno, Polita! Prométame usted no afligirse: ya le he dicho que yo seré su padre. ¡Cuánto tarda el portero!

- Váyase usted: no lo espere...

- Si no siento que tarde por mí, lo siento por usted.

En aquel momento llamaron á la puerta.

- ¡Ahí debe estar!, dijo Pola desenvolviéndose de la capa y corriendo á abrir.

Luis y Polita habían estado de pie todo el tiempo sin hacer caso de las dos sillitas desvencijadas: el portero, que no era otro el que llamaba, entró gorra en mano, como que ya le había dicho su mujer con qué clase de persona tenía que habérselas.

- Felices, señorito: ya me ha dicho la mujer que me mandaba usted subir.

- Sí, necesito que vaya usted inmediatamente á una funeraria y que vengán para encargarse de todo lo concerniente al entierro de la señora de Suárez, que ahora resulta viuda de un íntimo amigo y protector mío; ya ve usted si estoy obligado.

Pola miraba con asombro al caballero desconocido.

- Se hará lo que usted mande, señorito.

- ¿No habría en la casa un vecino compasivo que nos permitiese trasladar el cadáver de esta señora y que recogiese hasta mañana á esta señorita?

- A la señorita... sí, señor, dijo el portero sin atreverse á llamar Pola á secas, como siempre, á una joven protegida por caballero de semejante apariencia; pero el cadáver..., aguarde usted..., si no lo supiera el casero... Hay un segundo desalquilado... y es muy bonito...

- ¿Un segundo?, lo tomo ahora mismo. ¿Cuánto vale?

- Doce duros al mes; pero hay que pagar mes adelantado y mes en fianza.

- Está bien: veinticuatro duros; pues vaya usted á casa del casero, haga usted el recibo y de allí á la funeraria para que arreglen abajo la sala donde se ha de colocar el cadáver.

Y sacando una cartera de piel de cocodrilo, tomó de ella ciento cincuenta pesetas en dos billetes y se las entregó al portero.

- Le sobran á usted seis duros para que coja usted un coche, y disponga usted de lo que sobre.

El portero estuvo á punto de caer de espaldas; no sabía lo que le pasaba: la muerte de la señora Rosa les traía la felicidad á todos. ¡Seis duros, y dos á su mujer ocho..., y esto para empezar!

- Señorito, dijo el portero regresando desde la puerta, aunque sea mucho atrevimiento, ¿su gracia de usted para hacer el recibo?

Pacheco titubeó un momento, y resueltamente dijo, moviendo la cabeza:

- Hágalo usted á nombre de la señorita Leopolda Suárez.

- Está muy bien.

- ¡Ah! Y dígame usted á su mujer que busque una persona á quien dejar en la portería y que suba.

- En seguida, señorito: hasta luego.

Apenas hubo salido el portero, cuando Pola se arrojó á los pies de Luis, abrazándole las rodillas y sollozando:

- ¿Qué hemos hecho nosotras para merecer tanto bien?, preguntaba la infeliz. ¡Madre, madre de mi alma!, prosiguió arrojándose sobre el cadáver, ¿por qué no vives ahora?, ¿por qué no se abren tus ojos para ver á nuestro bienhechor?, ¿por qué tus labios no pueden decirle aquel «Dios se lo pague» con que recibías las limosnas que nos hacían? ¡Qué tarde ha llegado ésta para ti!

Luis sintió una punzada en el corazón.

Las amargas frases de Pola le hacían recordar su indiferencia, de la cual nada podía consolarlo desde que sabía lo terrible de aquella desventura.

- Pola, seréne usted; se lo suplico y perdóneme que yo sea culpable de parte de su desgracia.

- ¿Usted?

- ¡Yo, sí! Anoche... (Luis no sabía cómo decirlo para no ruborizar á la joven; ella no le había contado detalles menudos, y por consiguiente aquél tampoco), anoche salió usted...

- Sí, señor: á las cuatro de la mañana, desesperada, loca de dolor, mi madre se moría, yo tenía esperanza de traer algo para hacerle un caldo en cuanto amaneciese... Pero...

- Yo fui el que desoyó la súplica de usted junto á San José.

- ¿Usted?

- Yo, sí, que arrepentido volví desde la Cibeles á buscarla, aunque inútilmente.

- Eché á correr por la calle de Alcalá arriba pensando en los que debían salir del casino y del Velloz: me metí en el portal de éste y aguardé á que bajase alguien. ¡Bajaron!; pero por mi desgracia fueron dos infames, uno de los cuales me era conocido, porque siempre le veía entre bastidores cuando yo estaba en el coro de Eslava.

- ¿Cómo se llamaba?

- No sé: mis compañeras le llamaban Roncalito.

- Le conozco, es un necio.

- Es más, es un malvado: yo tenía la cara medio cubierta y no pararon hasta que á la fuerza me la descubrieron: ni mis lágrimas ni mis sollozos les conmovieron. Roncalito al verme dijo: «Pues si es la galleguita,» así me llamaban en Eslava sin saber por qué, pues yo siempre dije que no soy gallega, y aquellos dos muchachos sin corazón me insultaron, suponiendo que iba á engañarlos, y Roncalito se vengó de mí pagándome el desprecio con que respondí á ruines proposiciones que hace un año me ha hecho.

Cuando pude desasirme de las garras de aquellos lobos eché á correr por la calle de Peligros. Un sereno me detuvo, le dije que me perseguían, que había ido á pedir limosna, y el hombre, compadecido de mis lágrimas, me acompañó hasta la calle del Clavel. En el final de la de Peligros todavía llegaban á mis oídos las voces de aquellos perversos que desde la esquina de Fornos gritaban entre carcajadas y palabrotas: «¡Gallega! ¡Galleguita!» En mi vida he sufrido más, caballero. Cuando llegué aquí á tientas porque no tenía fósforos para subir la escalera, cuando llamé á mamá inútilmente, cuando al tocarla retrocedí asustada porque sentí su cuerpo yerto, el primer impulso que sentí fué de alegría: había sufrido la horrible pena de verme salir á implorar la caridad, pero no sabía que me habían insultado tratándome como á la más degradada de las mujeres; esto hubiera sido mil veces más cruel para ella.

- ¡Miserables! ¡Me las pagarán!, dijo Luis en un arranque de nobilísima indignación!

- ¿Se puede, señorito?, preguntó la portera empujando apenas la puerta que abierta dejara su marido.

- ¡Adelante!, contestó Pacheco.

- Estoy á su disposición, señorito: ya he puesto una sustituta en la portería.

- Es necesario que entretanto arreglen el piso segundo, busque usted brasero y que proporcione usted un mantón á esta señorita para que se abrigue y que le mande usted traer un chocolate ó un café bien caliente; yo necesito marchar, enviaré unos muebles para que arreglen de pronto una habitación en donde la señorita Pola pueda estar bien; los que vengán con los muebles ya tendrán órdenes mías. ¿Tiene gabinete el piso que hemos alquilado?

- Sí, señor, y muy hermoso con alcoba grande, la sala también tiene alcoba, y el comedor otra, y una para muchacha en el pasillo, y cocina con su despensa: el cuarto es claro y alegre como una bendición de Dios: estará allí Po... la señorita Polita como en el cielo, y si quiere muchacha tengo yo una sobrina que, aunque me esté mal el decirlo, no hay otra más honrada en todo Madrid.

- Bueno, sí, señora; pues si usted responde de ella la tomará.

- ¿Que si respondo? Como de mí misma.

- Bien: pues ahora vea usted si alguna vecina quiere hacer compañía á esta señorita mientras usted vuelve con el café, el mantón y el brasero: de ninguna manera la dejen ustedes sola: no la propongo salir de aquí, porque no creo que consienta en dejar el cadáver de su madre.

- ¡Mamá mía de mi vida!, gritó Pola arrojándose otra vez sobre el miserable jergón.

- Polita, ofrézcame usted no abandonarse al dolor, y si no me lo cumple será prueba de que le importa poco disgustarme.

- ¡Oh, no; no lo crea usted: yo haré cuanto usted quiera que haga! ¡Pero mi madre, mi madre!

A las doce en punto entraba Luis Pacheco en un almacén de muebles, compraba un ajuar modesto y unas alfombras á medio uso, y lo mandaba todo con gran premura con órdenes concluyentes y daba una buena propina á los mozos. Hecho todo, tomó en la Puerta del Sol un tranvía, y á la una entraba en su casa, donde se le esperaba para almorzar, con el propósito de volver inmediatamente á la calle de San Miguel para arreglar con los dependientes de la funeraria la clase de entierro que debía hacerse á la señora de Suárez.

Los niños charlaron durante el almuerzo haciendo olvidar á su padre las impresiones de aquella mañana; pero Camila, que exageraba el amor á sus hijos, procuraba mostrarse despegada como nunca con su marido.

¡Después de acostarse la noche anterior dejándola levantada y nerviosa, haber salido temprano sin darle explicaciones, y volver tan indiferente, sin hacer cosa por desenojarla!, era tan nuevo para Camila y hería de modo tal su orgulloso puntillo, que sin pensar en el espectáculo que estaba dando delante de los criados, hablaba con sus hijos de una manera irónica y poco conveniente para que Luis dejase de violentarse.

- Saldremos, hijos míos, saldremos, decía la madre; no necesitamos compañía de nadie, y esta noche tampoco iré al teatro; me quedaré con vosotros, que no soy yo de las que prefieren las distracciones á la compañía de sus hijos.

- Cualquiera diría que desde que eres madre no has ido á ninguna parte.

- No faltaba otra cosa sino que pretendieses también tenerme encerrada. ¡Claro, de ese modo estarías más en libertad!

- ¡Pero si yo no quiero la libertad, mujer!

- ¡Podías tener más!

- ¿No salimos juntos todas las noches? ¿No te acompaño a bailes, teatros y diversiones?

- ¿Había de ir sola?

- No digo eso, pero repito que al oírte pudiera creerse que estás día y noche con tus hijos en brazos.

- ¿No los saco a paseo todas las tardes? ¿No los velo y me quedo en casa cuando están enfermos?

- Sí, como todas las madres.

- ¡Como todas no! Demasiado sabes que yo no admito en eso comparaciones con ninguna.

- ¿Qué supones que ha hecho mi madre conmigo cuando era niño?

- ¡Me parece que es muy distinto!

- ¿Por qué? ¿Porque mi madre pertenecía a otra clase? No es una razón: yo quisiera que todas las mujeres supiesen educar como educaba mi madre y tuviesen tan despejada la inteligencia y tan elevado el espíritu.

- ¡Las elevaciones de siempre!

- Bien, bien, hijita: la cosa no merece la pena de discutir en ese tono: parece que me estás riñendo.

- ¿Riñéndote a ti? ¡Como si tú aguantes riñas más!

- Ni tuyas ni de nadie.

- ¿Quién sabe?

- ¡Camila!, dijo Luis secamente.

Calló ella y solamente los niños continuaron charlando.

Cuando hubo terminado el almuerzo se levantó Luis; acarició a sus hijos, recomendándoles alegremente que se apeasen en el Retiro y que corriesen mucho por las *avenidas*, y salió del comedor sin decir a Camila una palabra.

Se encaminó a su despacho, encendió un puro y comenzó a pasearse distraído.

Su mujer estaba furiosa. Bien lo veía: aparentaba enojos porque se había retirado tarde, y no era aquello solo, otras veces ocurriera la misma y el enojo no resistiera al almuerzo siguiente: él solía darle bromas, y ella cedía dejándose embromar. Pero que aquella mañana hubiese salido y que él no procurase como otras veces contentarla, eran cosas que en el carácter de Camila debían hacer estragos: ella, acostumbrada a los mimos y siendo esclava de la adulación y de las contemplaciones, debía sentir accesos de furor rabioso. Pues no pensaba ceder: no eran aquellas maneras de tratarla: estaba muy mal acostumbrada: tenía buenas cualidades, no se las negaba, sabía apreciarlas; pero ¿eran acaso suficientes para labrar la felicidad de un hombre? ¡Que era virtuosa! Virtuosa a la manera que ella entendía la virtud; siendo fiel a su esposo, besuqueando a sus hijos y sacándolos a paseo ella misma, cosa que también tenía Camila por virtud; pero la verdadera virtud, la que estribaba en las facultades del alma, ó en los productos de la inteligencia, la que hacía el bien por el bien y odiaba el mal instintivamente, la que en forma de abnegación llegaba hasta el sacrificio sin esperanza de recompensa..., ¡esta no la conocía su mujer! Harto lo deploraba, hartó dolor le producía tal convencimiento. ¡Virtud, virtud! ¡Mujer virtuosa, Pola! Esa era la verdadera virtud, la de aquella criatura privilegiada, hecha a imagen y semejanza de Dios, que la había formado. No sabía si era bonita, no sabía si era fea, no podía decir cómo tenía los ojos ni de qué color eran sus cabellos; pero no dudaba de encontrarla bonita cual ninguna el día que se propusiese mirarla. ¡Pobre Pola! ¿Cómo estaría? Iba de nuevo: con aquel mismo traje y con la capa, como que no pensaba salir de la casa mortuoria. ¡Cuánto se alegraba que su mujer estuviese de monos y dijera que no saldría en la noche! ¡Mejor! Así podría él acompañar a la pobre niña; le obligaría a acostarse, que buena falta le hacía. ¡Infeliz, cómo había dormido en aquel jergón!.

Pacheco llamó, y acudió Joaquín sin hacerse esperar.

- ¿Fuiste al Veloz?

- Sí, señor.

- Entregaste al conserje las cinco mil pesetas sin dificultad ninguna, ¿verdad?

- Sí, señor.

- Bueno; pues voy a salir otra vez.

- ¿El señor no quiere vestirse?

- No; ¡ah!, y no tengas hoy prisa para salir de casa, porque tampoco me vestiré esta noche... Te asombrará, ¿eh?

- No, señor.

- Eres demasiado prudente, Joaquín, dijo Luis sonriendo.

- ¿El señor sale de capa ó de abrigo?

- De capa.

Joaquín fué a esperar a su amo en el recibimiento.

Pacheco se dirigió a las habitaciones de su mujer, besó a los niños con las caricias y las alegrías de siempre y salió diciendo a Camila:

- Hasta luego.

- Hasta luego, contestó ella con indiferencia.

Pero apenas hubo desaparecido su esposo, se arrojó sobre el sofá y comenzó a morder el pañuelo, a romper los encajes que adornaban su elegantísima bata y a clavar las uñas en el raso del asiento.

Nadie, al verla una hora después paseando en carruaje con sus hijos, hubiera dicho que aquella mujer se había puesto sesenta minutos antes como una pantera hostigada por domador temerario.

Luis salvó en pocos minutos la distancia que media desde el paseo de Recoletos a la calle de San Miguel. Cuando llegó subían muebles todavía; pero ya estaban alfombrados el gabinete y la alcoba, por lo cual quedaron inmediatamente arreglados y la cama hecha. El gabinetito tenía chimenea, y la portera, que había mandado a llamar a la sobrina y quería pasar por mujer previsora, hiciera subir leña y había encendido algunos troncos, por lo cual estaba el gabinete más que templado.

El dependiente de la funeraria aguardaba órdenes. Luis encargó un entierro modesto, pero con nicho a perpetuidad; y cuando el comerciante lúgubre salió para volver seguidamente con los palitroques, los paños, los cirios y el ataúd, Pacheco subió a la buhardilla para sacar a Polita de allí.

Al ver a su protector se iluminó el rostro de la joven: ya estaba cambiada: habían recogido sus cabellos en rodete sujeto sobre la nuca y la envolvieron en un pañolón negro de ocho puntas.

- Bajemos, Pola: véngase usted a su nuevo cuarto.

- ¡Mi madre!, contestó sollozando, ¡cuando mi madre!

- ¡Bueno: pues cuando su madre!

Todo se hizo rápidamente y antes de obscurecer había logrado Luis a fuerza de suplicas y de ruegos que Polita se metiese en cama. ¡Qué impresión la de la pobre niña, al sepultar su cuerpecito entre sábanas limpias y hundir el muelle colchón, que parecía mecerla convidándola al sueño con sus movimientos! ¡De todo se ocupó Luis! De que buscasen una modista para que hiciese los lutos, una bata lo primero, y de encargarle al propio tiempo que comprase un pequeño ajuar de ropas blancas: un equipo modesto, lo que convenía a una huérfana pobre.

Pola lloraba con doble pena, cuanto más sentía el calor de aquella cama deliciosa como jamás la hubiera tenido: las del pueblo no valían nada, y eso que las había echado muy de menos, buenas y limpias, sí; ¡pero tan blanda, tan blanda!.

La hija cariñosa hubiera ocupado contenta el lecho mortuorio que ocupaba su madre porque ésta sintiese aquel calor, aquel bienestar, aquella dicha...

Luis fué al Veloz y desde allí envió un recado a su casa avisando que no iría a comer por estar al lado de un amigo enfermo. Quería evitar nueva discusión que le impidiese salir en la noche. Encargó dos cubiertos en una fonda y se quedó al lado de la cama de Pola para obligarla a que ella comiese.

Nunca Pacheco había comido más a gusto, a pesar de la incomodidad de un velador que servía de mesa y que se tambaleaba, obligándole a ser esclavo de sus defectuosas patas. Las palabras de aquella criatura angelical, sus frases de agradecimiento, dulces como las de una Purísima, el asombro que revelaba por una dicha tan grande como inesperada, eran otras tantas nuevas impresiones que absorbían el alma de Luis, envolviéndole suavemente en la atmósfera soñada por él y ansiada para complemento de su vida.

A las diez de la noche dormía Polita, rendida por el cansancio y por el dolor. Luis recomendaba el silencio a todo el mundo; parecía que cuidase a una hija enferma: a la una no se había despertado; estaba en lo más profundo del sueño. Luis sentía cierta impaciencia; no sabía lo que ocurrir pudiera en su casa y comenzaba a desasosegarse. Dejó órdenes a los que velaban el cadáver y también a la portera y a la sobrina, recomendándoles mucho que no dejaran levantar a la señorita hasta que llegase él por la mañana, y marchó sintiendo dejar a la joven, pero impaciente por el recibimiento que le aguardaba en su propia casa.

¿Entraría en el cuarto de su mujer? Sí, como otras noches, sin variar de costumbre; no dijese que él daba pie para que ella se enojase. Motivos tenía para mostrarse muy serio... pero ¿qué hacerle? No alcanzaba más Camila: tenía la desgracia de carecer de talento y...

Llegó Pacheco a su casa: cuando Joaquín abrió la puerta, preguntó Luis inmediatamente como si temiese una desgracia:

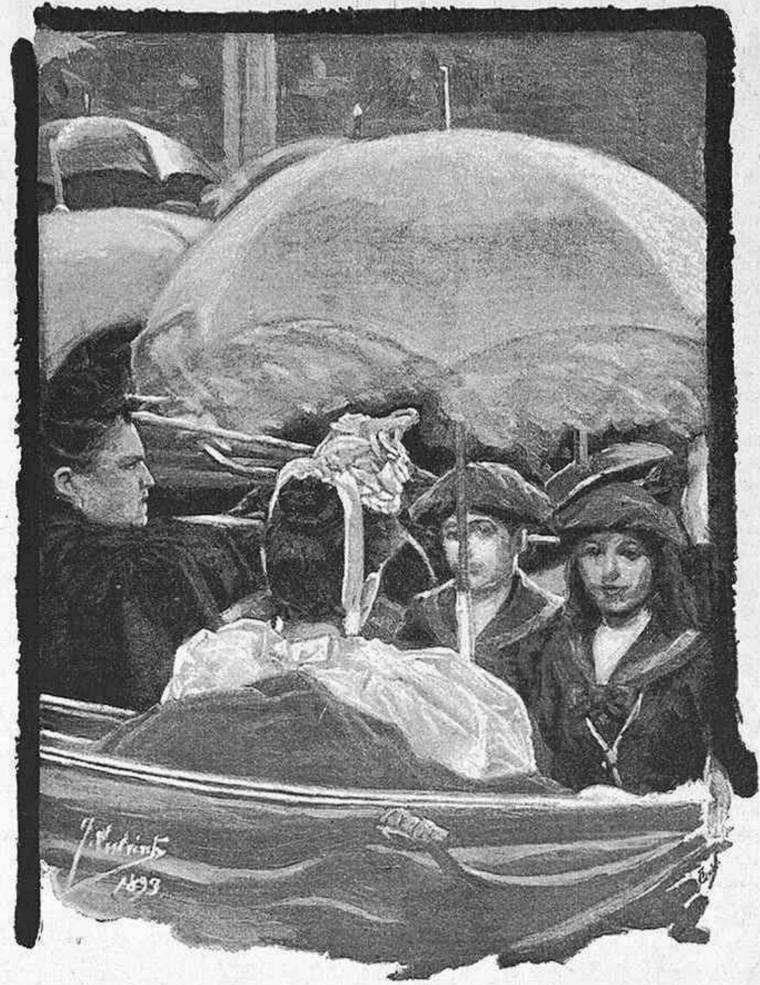
- ¿Hay novedad?

- La señora se acostó con dolor de cabeza.

- ¿Está enferma?

- Su doncella no me ha dicho más.

Soltó Luis la capa y el sombrero y se encaminó al dormitorio de su mujer: creyó percibir quejidos y se detuvo. Sí, Camila se quejaba. ¡Pobrecilla! Acercóse a la cama y la preguntó que tenía; tres veces le fué



... nadie, al verla una hora después paseando en carruaje con sus hijos, hubiera dicho que aquella mujer se hubiese puesto poco antes como una pantera...

preciso repetir la pregunta para que contestase la primera.

- ¿Qué tienes, hijita?

- La cabeza me duele.

- ¿Pero te duele mucho?

- ¡Me muero!

- ¡Jesús, hija, no digas eso!

- Sí; poco me ha faltado para volverme loca: sola, sin madre y sin saber dónde estabas para llamarte.

- Pues ya me tienes aquí: ¿quieres que venga el médico?

- ¡Bueno!

Joaquín fué a llamar al doctor, y antes de una hora decía éste que no encontraba nada de particular a la interesante enfermita: un poco nerviosa... tonterías; con tila y azahar, listos.

Camila se puso furiosa. Asegurar que no tenía nada equivallía a llamarle mimosa y a decir que se quejaba de vicio; ¡ella, que sufría muchas veces sin que nadie lo supiese por no dar disgustos ni apurar a su marido!.. ¿Cómo habría vuelto del paseo para haberse metido en cama sin acompañar a sus hijos en la mesa?.. ¡Malísima, sí, señor, malísima!

El doctor sonrió con el enojo de Camila, y al salir dijo a Luis:

- Eso no es más que un poquito de genio.

No le parecía lo mismo a Pacheco: sería efecto del mal carácter, sería lo que fuese; ¡pero cuando Camila no había comido con sus hijos!.. ella tenía razón; debía de haber estado muy mal. Tendría otros defectos, no lo negaba... ¡pero quejarse de vicio ni hacer farsas?..

Luis pasó el resto de la noche al lado de su mujer hasta las seis de la mañana, en que ella, asegurando que se encontraba perfectamente, le rogó que se retirase.

(Continuará)

## NUESTROS GRABADOS

**Moros de rey, dibujo de E. H.** - Los moros de rey ó *mejashas* constituyen en Marruecos el arma á cuyo cargo se halla el servicio que entre nosotros desempeñan la guardia civil y las fuerzas de seguridad: cada gobernador de ciudad, kabila ó aduar cuenta con el número que cree necesario para hacer que su autoridad sea respetada; pero los indómitos súbditos del sultán se ríen de los tales moros, que bien puede decirse que de nada sirven, como desgraciadamente para nosotros se ha demostrado varias veces en nuestras posesiones del Norte de Africa, en donde los rifeños, á pesar de ellos, han dirigido contra nuestras plazas brutales atentados que aquéllos no han podido nunca evitar ni reprimir.

**Frontón barcelonés, proyecto de D. Enrique Sagnier y Villavechia.** - No es el juego de pelota diversión moderna ni originaria de la región vasca. Los griegos y romanos diéronle excepcional importancia, y en todas las provincias españolas gustaron sus habitantes de este agradable pasatiempo, por el que sintieron especial predilección algunos de nuestros monarcas, entre ellos Felipe el Hermoso, quien contrajo en un partido de pelota la pulmonía de que falleció. No es, pues, este juego originario de la región vasca; pues si bien es cierto que durante muchos años sólo en aquel país entregábase á este saludable ejercicio, conocióse también en las demás peninsulares. Circunscrita modernamente la diversión á las provincias del Norte, ha ido extendiéndose y contagiando paulatinamente á las inmediatas hasta llegar al centro, Madrid, en donde existen hoy tres ó cuatro frontones. Sorprendía, pues, que en nuestra ciudad no se hubiese restablecido este que pudiéramos llamar legendario pasatiempo, y quizás hubieran transcurrido algunos años más á no haber partido la iniciativa de varios acaudalados aficionados, quienes confiaron el estudio del proyecto y consiguiente ejecución al inteligente arquitecto don Enrique Sagnier, que ha sabido dar cima á su trabajo levantando un edificio modelo entre los de su clase y verdaderamente bello en su construcción. Hállase éste emplazado entre las calles de la Diputación, Sicilia y Cerdeña, ocupando un aérea de más de 4.000 metros cuadrados, circuido por una bonita verja de hierro, que limita asimismo los jardines que rodean las construcciones. A unos 20 metros de la puerta de ingreso levántase una elegante rotonda, que constituye el *salón-vestíbulo*, de 16 metros de diámetro, en la planta baja, y otro salón de iguales dimensiones en el plano principal, ambos bella

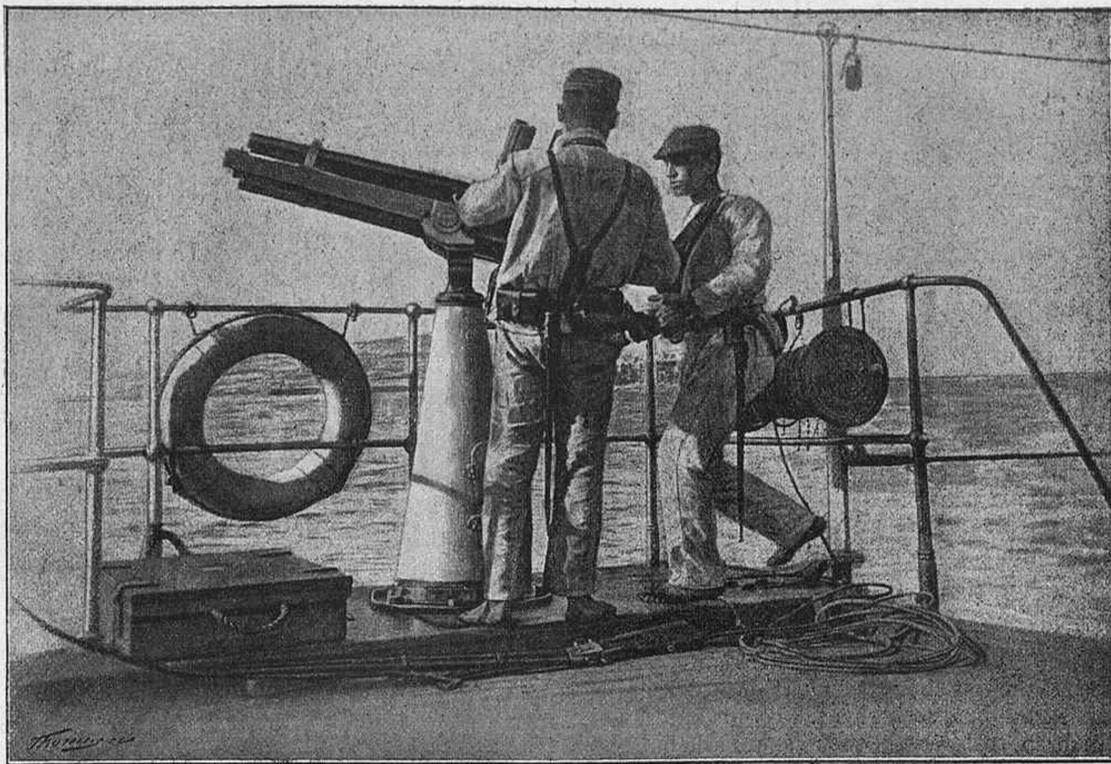
y ricamente decorados. Un amplio corredor pone en comunicación con la *cancha* y la gran *escalera de honor*. Desde la *rotonda* se comunica también con el *café restaurant*, de 22 metros de largo por 12 de ancho. El *Frontón* propiamente dicho hállase formado por dos paredes: el *frontis*, de más de 12 metros de altura, de mármol, y la *pared izquierda*, de piedra escogida. El juego tiene 68 metros de largo, dividido en 17 cuadros, de cuatro metros cada uno. El pavimento ó *cancha*, de 11 metros y 10 centímetros de ancho, es de piedra artificial. La arena ó sea el espacio entre la *cancha* y las sillas de los espectadores mide seis y medio metros en los dos primeros cuadros y se ensancha hasta 11 en los últimos. Hay cinco filas de sillas de *cancha* resguardadas por elegante baranda de hierro. Los tendidos divídense en tres secciones, distinguiéndose por los colores rojo, blanco y gris. La galería paseo, palcos y paraíso son de hierro, con esbeltas columnas y jácenas, bellamente decoradas. En el resto del edificio existen las oficinas, salas de descanso, cuartos para pelotaris, enfermería, baños, etc., etc.

**En el frontón, dibujo de José Cabrinety.** - El nombre de Cabrinety es bien conocido en el mundo artístico por ir unido al de innumerables y preciosos dibujos que han ilustrado interesantes libros, muy especialmente novelas de nues-

tros primeros autores: algunos han figurado también en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y actualmente en la sección de novela ilustrada pueden admirar nuestros lectores sus elegantes y correctas composiciones. Cabrinety atiende tanto al conjunto cuanto á los detalles más insignificantes, y estudia concienzudamente el original que ha de ilustrar, apodérase del modo de ser físico y moral de los personajes, dedica especial atención á los lugares, y así resultan sus ilustraciones verdaderos cuadros llenos de verdad y de vida. El delicado dibujo suyo que hoy reproducimos demuestra cuánto domina el natural, cuán bien sabe escoger las notas de impresión y cuán correctamente las traduce en líneas, contornos y sombras, en los que domina un sello de distinción que sólo logran dar á sus obras los verdaderos artistas que sienten sinceramente la emoción de lo bello.

**Marruecos. Captura de un criminal, dibujo de Ralph Peacock.** - La administración de la justicia en materia de delitos reviste en Marruecos formas terribles: los procedimientos son sumarios y los castigos horribles, y en caso de no ser cogido el autor de un crimen son responsables por él los individuos de su familia, los deudos y aun los amigos. Toda esta ferocidad se refleja en el precioso dibujo de Peacock: el criminal y los que lo custodian revelan en sus rostros y en sus ademanes, el uno todo el terror que es capaz de sentir el alma de un fatalista al pensar en la horrible pena que le espera, y los otros el furor que anima á los pueblos salvajes cuando hallan ocasión de saciar en alguna víctima, inocente ó culpable, sus sanguinarios instintos.

**La danza del otoño, cuadro de Gabriel Max.** - Este cuadro, como otros muchos del famoso pintor austriaco, es una pintura eminentemente alegórica: representa las tristezas otoñales expresadas por el tono general de la composición y por el contraste entre la melancólica figura de la enlutada dama y las que cogidas de la mano y formando rueda se entregan á una danza que sólo tiene de tal el movimiento rítmico, pero no la animación que suele ser compañera obligada del baile. Max es uno de los pintores poetas por excelencia y tiene como pocos el poder de impresionar á los que sus obras contemplan, haciéndoles sentir lo que él siente, comunicándoles las emociones de su alma; es decir, consiguiendo el efecto que sólo es dado alcanzar al genio que á su sentimiento artístico une un dominio completo de la técnica del arte, cualidades que reúne en alto grado este célebre pintor austriaco.



MELILLA. - Á BORDO DEL «CONDE DE VENADITO» (de fotografía de la ambulancia del Sr. Company, de Madrid)



MELILLA. - ALOJAMIENTO DE TROPAS (de fotografía de la ambulancia del Sr. Company, de Madrid)

**Los sucesos de Melilla.** - *Vistas de Melilla.* - Esta plaza está situada al Norte de Marruecos frente a la costa de Almería; es el mayor de los presidios menores que tiene España en la costa septentrional africana, y la ciudad y una parte de sus fortificaciones ocupan una península que por un istmo de rocas se une al Continente, en el cual se hallan las fortificaciones que constituyen los recintos segundo y tercero, las cuales ocupan mucho mayor espacio que toda la península; por la parte de mar hay la caleta llamada del Galápagos, al Norte; una caletilla con playa y el muelle de la Marina, al Sur; y otro muelle llamado de la Florentina, al Este. Los fondeaderos de Melilla tienen malísimas condiciones: así el destinado para barcos chicos como el que sirve para anclar los buques de gran calado están expuestos a los tiros de los rifeños, como ha podido comprobarse por desgracia en recientes desembarques de tropas. La población es triste y sus calles irregulares y todas en cuesta; sus edificios principales son la iglesia, el gobierno militar, el parque y el hospital. La vega de Melilla se dilata al Sur y al Oeste de los recintos exteriores y está fecundizada por el río de Oro, de curso muy limitado, pues no alcanza más que un desarrollo de 20 kilómetros: la cuenca de este río está rodeada en forma de herradura por una serie de montes que la envuelven completamente, constituyendo una barrera sólo franqueable por la parte oriental al pie del cerro más elevado de la cordillera, que es el Gurugú.

En el campo exterior de Melilla hay construídos actualmente los fuertes de San Lorenzo, situado a 500 metros de la plaza, Camellos a 1.200, Cabrerizas Bajas a 1.200, Cabrerizas Altas a 2.000 y Rostrogordo a 2.300.

A igual distancia que este último, pero en el lado opuesto mirando desde Melilla, debe establecerse el de Sidi-Auriach, cuya construcción, comenzada por el general Margallo, ha sido causa de la actual lucha, pues los rifeños quieren impedir a todo trance que tal fuerte se levante, porque desde él se domina la mezquita de su nombre y el cementerio.

*El general de brigada D. Manuel Ortega Sánchez Muñoz.* - Nació el Sr. Ortega en Puebla de Almoradiel (Toledo) en 8 de marzo de 1840; entró en el colegio de Infantería a los diez y seis años y salió de él en 1860. Ascendió a capitán en 1866 por su comportamiento en los sucesos de junio; ganó sus grados hasta el de teniente coronel en sus campañas de 1872 a 1876 contra los republicanos en Andalucía y contra los carlistas en

la Mancha y en las Provincias Vascongadas. En 1887 fué ascendido a coronel por antigüedad y en 1892 promovido al generalato.

Desde que se embarcó en Málaga para Melilla el día 16 de octubre último ha tomado parte principalísima en las operaciones de la campaña del Rif, y a él y a las tropas que con tanto valor como pericia dirige debióse el triunfo del día 30, en que consiguió aprovisionar y con ello salvar de una ruina inminente a la guarnición de Cabrerizas Altas y a los corresponsales de varios periódicos en el fuerte sitiado. En el parte oficial de aquel combate dice el general Macías, comandante de la plaza, dirigiéndose al ministro de la Guerra: «Recomiendo eficazmente a V. E. al general Ortega por el feliz éxito de esta arriesgada operación.» Este es el mejor elogio que puede hacerse de tan bizarro militar.

*Mari Guari, espía moro hecho prisionero.* - En uno de los combates de los primeros días de noviembre fué hecho prisionero el espía moro Mari Guari: habla éste bastante correctamente el español y se dice hijo de español y mora. No es de los más fanáticos en religión ni de los más encarnizados enemigos de España; entiende que los rifeños no saben en la que se han metido, pero que una vez puestos en la lucha la sostendrán mientras les quede un cartucho. Está muy agradecido al capitán de nuestro ejército Sr. Mazuza, que en ocasión reciente le salvó la vida. El día 6 Mari Guari fué llamado por el general Macías, y después de hablar largamente con éste y con el brigadier Ortega, fué conducido al camino de Camellos, desde donde dirigió solo adonde estaban algunos rifeños y con ellos se encaminó hacia Sidi Auriach. Al día siguiente volvió al campo español, trayendo noticias de los moros que, según él, se mostraban dispuestos a cesar en la guerra: la salida del convoy que el día 9 aprovisionó a los fuertes sin ser hostilizado, pareció confirmar estas buenas intenciones; pero posteriormente los rifeños han disparado de nuevo contra los nuestros, y es de presumir que seguirán disparando hasta que llegue el instante del gran escarmiento, que según parece no se hará esperar mucho.

*A bordo del Conde de Venadito.* - El día 21 de octubre último el Conde de Venadito hizo el primer disparo contra las kabilas, volviendo por el honor ultrajado de nuestra bandera. El entusiasmo que tal hecho produjo fué grande, no sólo en Melilla, sino en toda España, que saludó una vez más a nuestra marina por

haber dado la señal de una lucha difícil, pero necesaria; llena de sacrificios, pero al fin de la cual ha de brillar más limpio que nunca el nombre de la patria. El Conde de Venadito quedó terminado en Cartagena en 1891 y está perfectamente artillado, llevando, entre otras piezas, varias ametralladoras y un cañón Hontoria de tiro rápido.

Manda el Conde de Venadito el distinguido oficial de nuestra armada Sr. Díaz Moreu, que en las actuales circunstancias se ha hecho digno de los mayores elogios, como cuantos a sus órdenes han contribuído al buen éxito de las operaciones emprendidas.

Después del cañoneo del día 21, todos los corresponsales residentes en Melilla dirigieron al comandante del Conde de Venadito el siguiente mensaje de felicitación: «A V. E. nos dirigimos para felicitarle. A la marina española y a V. E. su valeroso y digno representante le ha cabido la honra de ser el primero en romper el fuego contra las kabilas del Rif que mataron a nuestros soldados y que mancillaron nuestra bandera. ¡Viva España! ¡Viva la marina española! Lloro al comandante del Venadito, a su oficialidad y a su marinería. Hoy es el primer día que alentamos, que sentimos orgullo de llamarnos españoles, que vindicamos nuestra afrenta.»

*Alojamiento de tropas.* - No está la plaza de Melilla dispuesta para alojar muchas más tropas de las que suelen constituir su guarnición; así es que el alojamiento de las fuerzas enviadas para sostener la presente campaña ha sido uno de los problemas más difíciles que allí ha tenido que resolverse, habiendo sido preciso desalojar entre otros el barrio del Polígono, de ordinario ocupado por una población, hebrea en su mayor parte, que se dedica al comercio al por menor.

*El barrio del Mantelete.* - Se levanta entre las murallas y la puerta exterior de la plaza: en él hay varios pabellones militares para oficiales, tiendas de judíos, cafés moros, casetas para la consignación de vapores, el mercado de Melilla y la Aduana. En la actualidad el Mantelete ha perdido el aspecto característico que le daba la abigarrada población de cristianos, judíos y moros por haber sido expulsados de él los últimos.

Todos los grabados que publicamos referentes a los sucesos de Melilla, excepto las vistas de la plaza, están tomados de fotografías sacadas por la ambulancia que en el teatro de la guerra ha establecido el fotógrafo de Madrid Sr. Company.

**PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTICION.  
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTEPHÉLIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 para ó mezclada con agua, disipa  
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
 ARRUGAS PRECOCES  
 EFLORESCENCIAS  
 ROJECES  
 y conserva el cutis limpio y terso  
 GARNIER Frs.

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.  
**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
**CARNE, HIERRO y QUINA:** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anémia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteracion de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energía vital*.  
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRE, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.  
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS  
**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**

**FALTA DE FUERZAS**  
 ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD CONSUMCION  
**EL HIERRO BRAVAIS**  
 representa exactamente el hierro contenido en la economía. Experimentado por los principales médicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estómago, no ennegrece los dientes. Tómense veinte gotas en cada comida.  
 Exijase la Verdadera Marca.  
 De Venta en todas las Farmacias.  
 Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris.

**GRANO DE LINO TARIN** en todas las FARMACIAS  
 ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. - La caja: 1 fr. 30.

**LA SAGRADA BIBLIA**  
 EDICIÓN ILUSTRADA  
 à 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas  
 Se envían prospectos a quien los solicite dirigiéndose a los Sres. Montaner y Simón, editores

**DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO**  
 Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente a las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas  
 MONTANER Y SIMON, EDITORES

**Las Personas que conocen las PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS**  
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**Jarabe de Digital de LABELONYE** contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.  
 Empleado con el mejor éxito  
**El mas eficaz de los Ferruginos** contra la **G** **rageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**  
 Anemia, Clorosis, Empebramiento de la Sangre, Debilidad, etc.  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.  
**Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.  
 Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris  
 LABELONYE y C<sup>ia</sup>, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

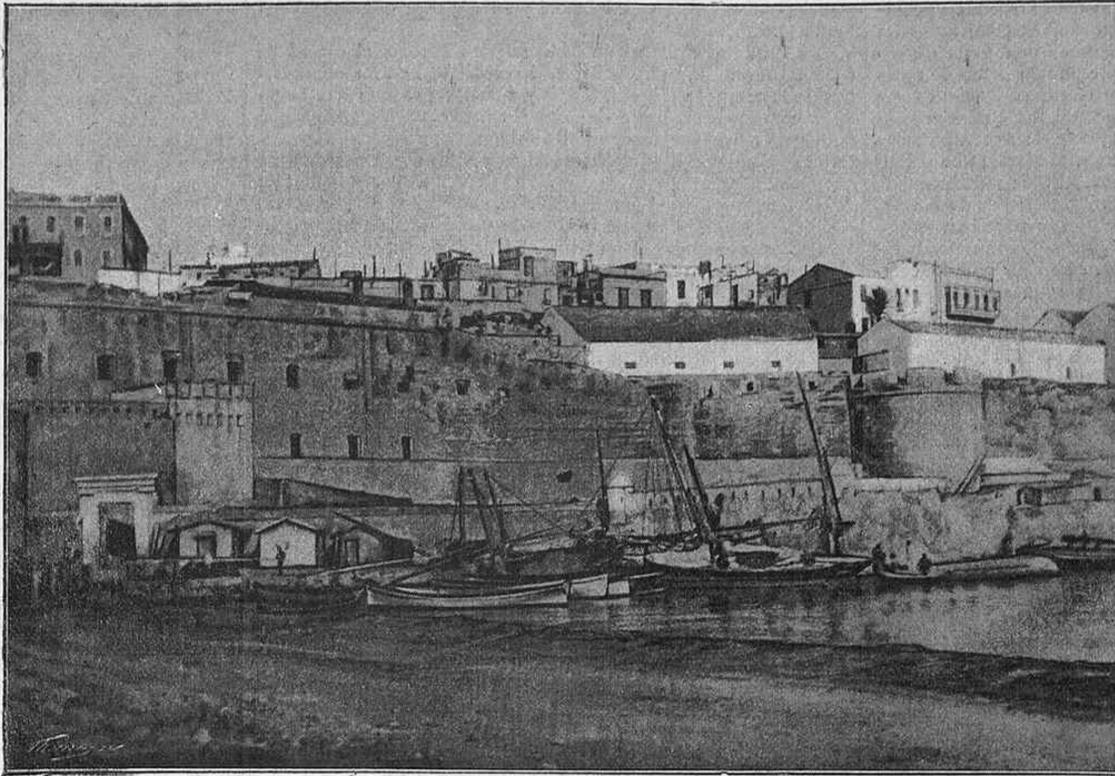
**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**  
**Pepsina Boudault**  
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA  
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>o</sup> CORVISART, EN 1856  
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENNA - PHILADELPHIA - PARIS  
 1867 1872 1873 1876 1878  
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS  
 GASTRITIS - GASTRALGIAS  
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS  
 FALTA DE APETITO  
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION  
 BAJO LA FORMA DE  
**ELIXIR** de PEPSINA BOUDAULT  
**VINO** de PEPSINA BOUDAULT  
**POLVOS** de PEPSINA BOUDAULT  
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

## LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN  
por autores ó editores

BARCELONA, por M. Martínez Barrionuevo. — El título de esta obra, *Barcelona monumental, pintoresca y artística, de costumbres, de tipos y paisajes*, abona el interés de la misma, la cual abarca todo cuanto se relaciona con la historia, vida y modo de ser de nuestra ciudad: por lo que toca al autor, el nombre del señor Martínez Barrionuevo es harto conocido para que nadie pueda dudar de la bondad de su libro, reflejo fiel de sus propias impresiones, sentidas por un alma de poeta que siente y pinta la realidad estudiada y observada durante su larga estancia entre nosotros. Aumentan el valor del libro las preciosas ilustraciones que contiene, debidas á Apelles Mestres, Cuchy, Cusachs, Eriz, Galofre, Llimona, Llovera, Masrera, Pascó, Pellicer, Ribera, Riquer, Soler y Roviro, y Tambrini y otros ilustres artistas catalanes. *Barcelona* se reparte en cuadernos de veinte páginas, á una peseta uno: constará de 35 á 40 cuadernos. Se suscribe: en Madrid, Manuel Pla, Ancha de San Bernardo, 19, pral.; en Barcelona, Carmen, 34 (Dirección), y en provincias y América en casa de los corresponsales.



MELILLA. — EL MANTELETE, reproducción directa de una fotografía remitida por el Sr. Company, de Madrid

BIBLIOTECA ILUSTRADA. — Con muy buen acuerdo han empezado los editores de esta ciudad Sres. Roura y Castillo la publicación de esta biblioteca, en la que se han publicado hasta ahora obras de los más afamados autores de todos los países en condiciones verdaderamente excepcionales. La biblioteca forma dos secciones, la primera á dos reales tomo y la segunda á una peseta: los volúmenes que componen la primera están ilustrados con grabados en negro y los de la segunda en varios colores. Entre las obras hasta ahora publicadas (ocho volúmenes cada serie) figuran algunas de Washington Irving, Walter Scott, Grant, Tolstoy, Fenimore Cooper y otros no menos notables. En suma, la *Biblioteca Ilustrada*, por sus condiciones de fondo, forma y baratura, merece el mayor elogio. Los tomos de la misma se venden en las principales librerías y en casa de los editores, calle Ancha, 25.

PRO PATRIA. — Interesantísimo como todos los de esta importante revista es el número correspondiente á octubre último, en el que se publican notables trabajos de Balaguer, Fite é Inglés, Riva Palacio, Marco, Mera, Bartrina, Sánchez Pérez, Arteaga, Bonaventura, Toda, Pardo de Tavera, Cutchet, Güell y Mercader y García Llansó.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, Paris. — Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señores PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**COR LAVILLE GOTA**  
del Dr. **LAVILLE** **REUMATISMOS**

Específico probado de la **GOTA y REUMATISMOS**, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.

F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS

VENTA POR MENOR. — EN TODAS LAS FARMACIAS y DROGUERIAS

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**  
PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**PAPEL WLINSI**

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias  
PARIS, 31, Rue de Seine.

**Jarabe Laroze**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

MEDICACION ANALGÉSICA

Solucion y Comprimidos DE **EXALGINA** DE **BLANCARD**

JAQUECAS  
COREA  
REUMATISMOS  
DOLORES NEURALGICOS, DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento  
**CONTRA EL DOLOR**  
PARIS, rue Bonaparte, 40

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK**

Querido enfermo. — Fíese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

**CARNE y QUINA**  
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

**VINO AROUD con QUINA**  
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

**EXIJASE el nombre y la firma AROUD**